

CUENTOS EN TU TELEFONO

David Noboa



e625.com

CUENTOS EN TU TELÉFONO

e625 - 2018

Dallas, Texas

e625 ©2018 por **David Noboa**

Todas las citas bíblicas son de la **Nueva Biblia Viva** (NBV). © 2006, 2008 por la Sociedad Bíblica Internacional.

Editado por: Virgina Bonino de Altare

Diseñado por: **JuanShimabukuroDesign**

Ilustraciones por: **Joe Traghetti**

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS.

ISBN: 978-1-946707-82-6

INTRO PARA PADRES

El mejor salón de clase para los hijos es la relación con los padres.

Los mejores maestros son protagonistas que traspasan los moldes tradicionales y los padres podemos convertirnos en esa clase de maestros que siempre abren las puertas de la imaginación de sus estudiantes y aprendices. Los mejores maestros son visionarios, estrategas, sabios que aprendieron a hacer buenas preguntas y que asimilaron el sorprendente arte de crear mundos de la nada. Los verdaderos maestros tallan sueños sobre piedras vivas y podemos ser de esos maestros dentro de casa.

La misión con este libro de cuentos es encender la llama de la ilusión, crear con estos rápidos simulacros de vida un halo de esperanza, y brindar armas perpetuas a la siguiente generación.

Mi anhelo con estos cuentos es que puedas cazar imágenes del alma, capturar emociones y sembrar momentos que ayuden a crecer a tu personita amada. Sé un intérprete de infinitos personajes, practica tus gestos, canta, ríe, sueña junto con él, la o los pequeños que te han sido encomendados.

En tus manos está la esperanza de una generación entera que espera las instrucciones para llevar la posta. No lo saben, pero lo intuyen. Ellos perciben que en el fondo hay algo más que solamente historias y esas son las enseñanzas.

Siente las palabras del Eterno escondidas en los escenarios y las vivencias de cada protagonista. Toma esas palabras y esculpe un espíritu recto en tu aprendiz.

HORMIGAS SIN AMIGAS

Gracia vs Envidia



¡Qué admirable, qué agradable
es que los hermanos vivan juntos
en armonía!

Salmos 133:1

En medio del bosque, escondido debajo de unos matorrales, un ejército de hormigas rojas se disponía a trabajar desde antes que saliera el sol.

—Estamos a punto de terminar nuestro nuevo hogar —gritó el Rey de las hormigas con voz de trompeta—, pronto cada hormiga tendrá su propio espacio para habitar en este grandioso hormiguero.

—¡Vamos! ¡Hop, al trabajo! ¡Hop, al trabajo! ¡Hop, al trabajo! —canturreaban las hormigas mientras marchaban a sus labores.

En aquel ejército, había dos hormigas fuertes y trabajadoras, pero un poco celosas. La primera se llamaba Paciente, y siempre se levantaba más temprano para ganar los primeros lugares

en el servicio. Serena, su compañera, cargaba más peso para hacer su trabajo en menos tiempo.

Sin embargo, como dicen por ahí, los celos sin control pueden traer un mal peor.

Un día Paciente salió temprano, como siempre, para ganarles a las demás hormigas y poder estar en las primeras filas del servicio. Lo que no esperaba era encontrar a Serena que esa mañana decidió madrugar.

—¡Epa!... ¿cómo es posible? —dijo Paciente, indignada—, yo siempre llego antes.

—¡Hummm!... así es la vida —respondió Serena con viveza—, esta vez yo he llegado primero.

Esas palabras no fueron del agrado de Paciente. Se propuso tomar muchas ramas y cargar más del peso que normalmente llevaba, solo para ganar a Serena. Ambas, encendidas en celos, se

dedicaron a competir la una con la otra.

Mientras todos construían su parte del hormiguero, Paciente y Serena no dejaban de discutir. La una se ponía delante de la otra en la fila o forcejeaban por ver quién hacía tal o cual trabajo. Los celos crecían y las peleas continuaban. Serena y Paciente se encontraban todos los días para acusarse entre sí...

—¿Con que crees que eres mejor? — dijo Paciente desafiando a su compañera con los puños—; tú ni siquiera puedes levantar tanto peso como yo.

—¿Tanto peso? ¡Ja! —contestó Serena con altivez—, ni siquiera puedes levantar el peso de una hormiga.

Y mientras esto pasaba entre estas dos celosas, el resto de hormigas continuaba el trabajo y, como era de esperarse, lo hicieron muy bien juntas.

—¡Hop, al trabajo! ¡Hop, al trabajo! ¡Hop, al trabajo! —entonaba a una sola voz el ejército de hormigas.

—¡Hop, a la tierra! ¡Hop, a las ramas!
¡Hop, al nuevo hormiguero!

Hasta que al fin culminaron la obra.

—Estimadas hermanas, ¡al fin hemos terminado! —anunció el Rey—. Cada hormiga que ha trabajado en esta colmena tendrá su espacio seguro dentro de ella.

Paciente y Serena fueron con rapidez a la fila para recibir su premio: una cueva propia dentro del hormiguero. Empujándose y tropezándose llegaban las dos hormigas que ahora eran enemigas.

—¡Hey!, ¡ustedes dos! —gritó el Rey de las hormigas a Serena y Paciente—, no tan rápido. Ustedes no tienen un espacio.

—¿Cómo? —levantó su voz Serena arrugando su rostro de asombro.

—Pero... ¡amado Rey! —intervino Paciente fingiendo no estar molesta—, nosotras hemos trabajado mucho más que el resto de las hormigas.

—¡Están muy equivocadas! —aseguró el Rey moviendo su cabeza descontento—, ¿no han visto lo que ustedes han construido? ¡Miren!

Ambas miraron hacia un par de montículos de tierra desorganizada fuera del hormiguero: tenían algunos huecos de entrada y otros de salida, pero no había en ellos ninguna cueva que sirviera para poder habitar allí. En su competencia de celos nunca se dieron cuenta de que no colaboraron en nada para el hormiguero.

Las dos celosas empezaron a culparse delante del Rey, lanzándose insultos. Estaban a punto de golpearse: Paciente había perdido la paciencia, y Serena estaba de lo más alterada... hasta que el Rey habló:

—Paciente, eres una hormiga ejemplar, pero cuando los celos te dominan te vuelves impaciente y pierdes la paz.

Paciente bajó lentamente los brazos que estaban a punto de dar un golpe

y ocultó su rostro con mucha vergüenza.

—Serena, eres una hormiga muy trabajadora, pero cuando el enojo te domina te dedicas a competir de forma desleal y pierdes el control sobre ti misma.

Serena bajó su cabeza, mirando de reojo a Paciente. Ambas lo habían perdido todo.

—Afortunadamente —exclamó el Rey mirando sus rostros arrepentidos—, el resto del ejército hizo algunas viviendas extra. No lo merecen, pero son parte de la familia. ¡Entren al hormiguero!

Paciente y Serena aceptaron el regalo avergonzadas, pues no habían trabajado para obtenerlo. Ambas aprendieron la siguiente lección:

“Los celos sin control pueden traer un mal peor”.

—¡Hop, a la casa! ¡Hop, a la cueva!

¡Hop, al nuevo hormiguero! –cantaron todas las hormigas juntas, como una gran familia.

DIALOGA CON TUS HIJOS

- » ¿Qué actitudes negativas pudiste ver en Paciente y Serena?
- » ¿En qué se parecen sus reacciones a las de los seres humanos?
- » ¿Qué piensas de la decisión del Rey?

EL BÚHO ABUSIVO

*Bullying, valentía y confianza
en Dios*



Sí, esfuérzate y sé valiente,
no temas ni desmayes,
porque Jehová tu Dios estará
contigo en dondequiera que vayas.

Josué 1:9

En la rama más alta de un frondoso árbol, se erguía con orgullo un regio búho blanco. Todas las aves le tenían respeto, pero no por su sabiduría ni sus modales, sino por miedo. Trataba con desprecio a todas las aves que se acercaban, pues él consideraba que eran inferiores. Se creía el rey del lugar.

Nadie conoció jamás su verdadero nombre porque desde que llegó al bosque exigió a todos que le llamasen “Campeón”.

Existen búhos de todos los tamaños y colores, pero a Campeón no le importaba pues él se creía el mejor y el más grande de todos.

Un pequeño búho marrón llegó hasta el bosque ese día. Tan minúsculo

era, que apenas medía la altura de un ala de Campeón, y como todavía no dominaba el arte del vuelo, se convirtió en presa fácil para el abusivo búho blanco.

—Y tú... ¿quién eres? —preguntó Campeón amenazante—. ¿No sabes que todos los nuevos vecinos deben presentarse ante mí?

—Me llamo Willy, señor.

—¡Llámame Campeón!, muchacho atrevido —reclamó el iracundo búho blanco—. ¡¿No sabes que antes de andar volando por ahí debes pedirme permiso?!

—Lo siento señor Campeón —respondió la debilucha ave—, no lo sabía. Es que apenas estoy aprendiendo a volar.

—¿Ah sí?... ¡ja! ¡A eso lo quiero ver! —dijo burlándose—. Desde mi árbol nadie aprenderá a volar.

Campeón siguió de cerca al pequeño búho gris para presenciar sus flojos

intentos de emprender el vuelo. Cada vez que intentaba levantar sus alas, Campeón aleteaba a su costado obligándole a caer. Así lo hizo cinco veces.

—¿Qué? ¿Acaso nunca te vas a rendir?
—interrogó Campeón con su habitual sarcasmo riendo a carcajadas—. ¿No puedes ver que es inútil?

—¿Inútil? A mí me han enseñado que ningún intento está de más y que cualquier cosa es posible para el que de verdad quiere lograr algo.

—¡Jajaja!, pues a mí la vida me ha enseñado que unos son fuertes, como yo, y otros son débiles como tú. Esa realidad no la puede cambiar nadie.

—Es cierto señor Campeón, algunos son más fuertes, pero eso no quiere decir que sean invencibles.

Con esas palabras, Willy intentó una vez más emprender el vuelo, pero otra vez Campeón agitó sus alas para hacerlo caer por pura diversión. Mientras

Campeón se reía sin parar, el pequeño Willy se levantó de nuevo y se preparó para levantar sus alas. Para entonces muchas aves se habían amontonado para presenciar el desafío de este pequeño búho contra el abusivo de Campeón, que siempre había encontrado con qué molestar a todas las aves del lugar.

—¡Ríndete de una vez, enano! —se burló Campeón—, todos aquí te lo dirán, yo jamás me rindo.

—¡Pues yo tampoco! —contestó desafiante el pequeño Willy—. La verdadera fuerza no está en las grandes alas sino en la valentía y la motivación.

—¿Ah sí? ¡Jajajajaja! —rio Campeón descontroladamente—. Dime, pues... ¿cuál es tu motivación?

—Es mi padre que me está mirando ahora mismo.

Campeón encogió las alas admirado de la respuesta, pues no había visto a ningún otro búho cerca. Giró

completamente su cabeza sin mover su cuerpo, como lo hacen los búhos. Miró con sus redondos ojos, primero para un lado, luego para el otro, pero no vio a nadie.

Las aves que estaban alrededor presenciando todo empezaron a reír sin parar, al principio unas cortas risillas atascadas, pero luego grandes risotadas despreocupadas se escucharon con frenesí en todo el bosque.

Cuando Campeón levantó la mirada hacia atrás, sus ojos redondos se hicieron grandes como planetas. Se había percatado de la presencia de un majestuoso búho marrón muy cerca de él. Tenía al menos el doble de su tamaño, y nunca lo vio pues lo había confundido con el tronco de un árbol.

El ave se irguió imponente inflando su pecho con autoridad. Ni siquiera tomó en cuenta al despótico pájaro que había estorbado a su cría; solo se dirigió a Willy con las palabras más apacibles que encontró.

—No te preocupes, Willy —dijo el gran búho marrón en total calma—, levántate otra vez, yo estaré contigo a donde quiera que vayas. Solo esfuérzate y sigue siendo valiente.

Campeón tuvo que agachar la cabeza y salir volando a molestar a algún otro. Willy aprendió a volar en poco tiempo, pero su lección más valiosa fue saber que no todos los que son grandes necesariamente son más fuertes, y que ser valiente es mucho más que ser grande.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué significa ser valiente?
- » ¿Cómo te sientes al saber que Dios siempre estará allí contigo?
- » ¿Cómo debes enfrentar a aquellos que te menosprecian o maltratan?

EL CUADERNO SIN LETRAS



Propósito vs. Menosprecio

De lo alto nos viene
todo lo bueno y perfecto.
Allí es donde está el Padre
que creó todos los astros del cielo,
y que no cambia como las sombras.

Santiago 1:17

En una repisa olvidada de una tienda,
un cuaderno lleno de hojas blancas
esperaba que alguien quisiera usarlo
para algo.

Eran más populares los cuadernos con
líneas y cuadros, pero este cuaderno
sin líneas no era atractivo para nadie.

—A ti nadie te quiere —insinuó el cua-
derno alineado—. Es lógico que todos
quieran buscarme porque mis líneas
son útiles para todos, en cambio, tú
eres un inútil.

—¡Es cierto! —afirmó el cuaderno cua-
driculado—. Las líneas o los cuadros
servimos para algo, pero tú sin líneas
no eres nada.

—Un cuaderno es un cuaderno —alegó indignado el pobre cuaderno sin líneas—. Al final, los que deciden eso son los que vienen a comprar. Alguno de ellos seguramente me querrá.

Llegó el tiempo de ventas y los padres venían de todo lugar a comprar cuadernos para sus hijos. Los niños y niñas corrían a probar todos los cuadernos disponibles y escribían en ellos. Sin embargo, al pobre cuaderno sin líneas nadie lo quería. Por más que abría sus páginas y las agitaba como aspas, nadie lo tomaba en cuenta.

—Es mejor este cuaderno —afirmó un niño—, aquí puedo escribir sin que las palabras se vayan muy abajo o muy arriba.

—A mí me gusta más este otro que es de cuadros —dijo esta vez una niña—, aquí puedo escribir un número uno debajo del otro y todo queda perfecto.

Llegó una señora esperando comprar un cuaderno para su hijo pequeño

que apenas iba a aprender a escribir. Esa puede ser la persona que me compre, pensó el cuadernillo que nadie tomaba en cuenta.

—Puede usted llevarse el cuaderno de cuatro líneas —recomendó el ayudante—, es el mejor cuando se quiere aprender a escribir.

Y así, todos los cuadernos eran pedidos y vendidos, pero no aquel cuadernillo olvidado que no tenía líneas ni cuadros ni ningún otro atractivo.

Resignado a nunca ser útil para nadie, se dejó caer en una mesa escondida en un rincón de aquel lugar. Allí permaneció por muchos días, estropeado por los niños, algunos arrancaban sus hojas y otros solo hacían feas manchas de colores en ellas.

Esa tarde, mientras su mamá hacía unas cuantas compras, una niña de unos siete años se acercó hasta donde estaba aquel cuaderno despreciado.

Ella lo vio, le quitó algunas manchas, reparó las hojas que se habían doblado y arregló su cobertura. Luego, tomó un par de lápices y se puso a dibujar.

La niña lanzaba trazos como si fuera una experta: delicadas líneas curvas, algunas largas, otras cortas, algunas en forma de sombras y otras que parecían traer luz. Al principio el cuaderno sin líneas se sintió extraño, pero en unos pocos segundos supo que estaba en buenas manos, aunque aún no podía ver lo que aquella niña estaba escribiendo en sus páginas.

—¿Qué letras son estas? —se preguntó el cuaderno en blanco—. ¡No logro descubrir este idioma!

Cuando ella terminó, al fin se pudo ver la hermosa figura delineada en toda la página. Era un paisaje calmado con muchos árboles y flores. En el centro había un caballo galopante que parecía estar vivo. Dibujó flores llenas

de rocío y una delicada lluvia que caía sobre el bosque.

El sol parecía ocultarse en aquel dibujo pues ya empezaba la noche y algunas estrellas se asomaban tímidas sobre el firmamento.

Varios niños y niñas notaron la habilidad de esa muchacha para hacer aquellos trazos. Todos empezaron a pedir como locos algunos de aquellos cuadernos sin líneas donde se podía escribir en este nuevo lenguaje.

—¡Hey, niña! —exclamó el cuaderno dirigiéndose a la pequeña artista—, ¿cómo se llama este lenguaje que has escrito en mis páginas?

La niña respondió con una sonrisa de satisfacción.

—Se llama “dibujo”.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » • ¿Cuál era la habilidad de la niña? ¿Cuál era la habilidad del cuaderno?
- » • ¿Para qué piensas que eres hábil?
- » • ¿Qué hace Dios con tus verdaderas habilidades?



EL TORDO NO ESTABA SORDO

Justicia de Dios vs. Murmuración

No digan malas palabras,
ni tengan conversaciones tontas,
ni hagan chistes groseros.
Todo eso está fuera de lugar.
En vez de actuar así, sean
agradecidos.

Efesios 5:4

La ventana de la casa de Adriana siempre estaba abierta. Hace un par de meses un pájaro renegrado entró sin preguntar para picotear los granos que ella había dejado sobre la mesa. Era un tordo, un ave pequeña pero muy inteligente.

Cada mañana, justo cuando la luz del sol empezaba a bañar la ventana, el tordo entraba para buscar la primera comida del día. Ella, como buena ama de casa, le daba la bienvenida y conversaba con el ave, aunque ésta nunca respondía.

—¡Hola pequeño! —saludaba Adriana como cada mañana—, ¿cómo has

amanecido hoy? Adelante, puedes comer lo que encuentres.

El tordo no decía nada, ni un pío, ni un solo movimiento de su cabeza, ni siquiera un gesto que le diera a Adriana la oportunidad de saber que el pájaro había escuchado su saludo. Buscaba con frenesí los granos y se los engullía con rapidez para luego salir volando apresurado.

Adriana pensaba que el tordo estaba sordo porque no respondía a su saludo, sin embargo, ella nunca paraba de hablar. Mientras el ave estaba allí, Adriana le preguntaba mil cosas al tordito, que solo buscaba algo para comer. Él se había convertido en su única compañía matutina.

Las vecinas que pasaban cerca de la casa de Adriana miraban al ave con menosprecio y ella escuchaba las palabras que venían de aquellas malintencionadas señoras.

—Pobre ave, oscura y desplumada...
¿de dónde la habrá sacado Adriana? —
decía su vecina de al lado.

—Debe ser su mascota rescatada de al-
gún basurero, ¡jajajaja! —reía a carca-
jadas la señora que vivía en la casa de
enfrente.

—Esas dos son iguales —acotaba otra
señora que vivía en la misma calle—,
oscuras, con las plumas quemadas y
comiendo de los basureros, ¡jajaja!,
¡jijiji!

Aunque ella sabía lo que decían sus
vecinas, se hacía la sorda, al igual que
su pájaro. Ella sabía que era inútil dis-
cutir con personas de esa clase.

Cierto día, un afamado fotógrafo pa-
saba por aquel lugar y se percató del
tordo que entraba por la ventana de la
casa de Adriana. Era tan fascinante el
momento que quiso plasmarlo en va-
rias de sus fotografías.

Luego de unos días, la casa de Adria-
na se hizo famosa gracias a un

artículo en un periódico local que decía así:

“En un lugar escondido de la ciudad, el gran fotógrafo Jean Pierre LeTrue logró plasmar un momento único: un tordo azulado se escabullía por la ventana de una casa para robarse unas cuantas semillas. Al fondo de la foto encontrarán a la audaz dueña de casa hablando con el ave como si estuvieran sosteniendo una animada conversación”.

La gente del barrio reconoció de inmediato a Adriana hablando con el tordo y las vecinas no tardaron en ir hasta el frente de su casa para burlarse de ella.

—Miren ahora a Adriana, la loca que habla con las aves —bromeaba su vecina.

—Deben estar conversando de las semillas que ambas comen en el desayuno; ¡jijiji! —carcajeaba la otra.

—¿Dónde está ahora tu mascota, Adriana? —ridiculizaba la señora que

vivía unas casas más allá—, quizás encontró otros amigos para conversar, ¡jajaja, jijiji!

El tordo azulado que sobrevolaba el lugar, hizo unos sonidos con el pico llamando a dos de sus amigos voladores. Las aves pasaron justo por encima de las señoras, dejando caer sobre sus cabezas una enorme carga de estiércol de ave como si fueran unas gordas palomas. Al parecer el tordo no estaba sordo, pues defendió a su amiga de la maldad de estas mujeres.

Toda la gente de la calle pudo ver a las burlonas llenas de desechos de ave e, irónicamente, Jean Pierre, el fotógrafo, también estaba allí con su cámara.

Al día siguiente el diario local publicó una nueva fotografía del artista. Eran las mujeres llenas de excremento. A una le cayó en una oreja, a otra en pleno ojo y a la última justo en la boca. El título de la fotografía fue: “La Venganza del Tordo Azulado”.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué opinas de las personas que murmuran y menosprecian a otros?
- » ¿Cómo debes valorar a las demás personas?
- » ¿Qué opinas de la venganza?

TOMÁS EL SOÑADOR

Perseverancia vs. Incredulidad



Ustedes necesitan seguir
confiando para que,
después de haber cumplido
la voluntad de Dios,
reciban lo que él ha prometido.

Hebreos 10:36

Esta historia empieza en el taller de un juguetero, un anciano muy hábil para crear artefactos para que los niños puedan jugar. Pero su habilidad era más que solo crear juguetes, él podía hacer que sus juguetes tengan vida.

Les ponía nombre y cada uno tenía su propia personalidad. Lo único que no podía hacer era que sus juguetes crecieran y se volvieran adultos.

Así, una noche de lluvia y tormenta nació Tomás, un pequeño avión que el juguetero inventó porque siempre le habían gustado los grandes aviones de pasajeros.

Lo que el inventor no esperaba es que Tomás naciera con un sueño: el

anhelo de crecer. Tomás siempre repetía las mismas preguntas al juguetero:

—¿Cuándo voy a crecer?, ¿cuándo seré un avión grande? Dime juguetero, ¿cuándo sabré que ya he crecido?

La respuesta del anciano venía con una sonrisa.

—Un día podrás volar tan alto que atravesarás las nubes. Ese día serás todo un adulto.

Con el paso del tiempo, el juguetero, que ya había vivido mucho, un día se quedó dormido y no volvió a despertar, pero Tomás nunca perdió la esperanza en las palabras del viejo inventor.

—Un día voy a crecer y, como dijo el juguetero, volaré tan alto que atravesaré las nubes.

Se levantaba todas las mañanas y subía girando sus rueditas hasta un monte. Desde allí intentaba alzar el vuelo y atravesar alguna nube, pero

eso no pasaba porque las nubes estaban muy lejos.

A pesar de eso, Tomás nunca dejó de levantarse temprano para intentarlo una vez más, porque para los soñadores cualquier cosa es posible.

Una nube viajera que le gustaba moverse de un lado para otro, miró a Tomás en sus intentos por levantar el vuelo desde aquel monte y se acercó a un avión de pasajeros que cruzaba por allí.

—¡Oye, tú... avión! —dijo la nube para llamar la atención de aquel enorme aparato mientras intentaba seguirle el paso al apuro.

—Usted dirá blanca nube —respondió el avión sin dejar de surcar los aires.

—¿Qué es lo que hace aquel pequeño avión de juguete subiendo cada mañana a ese monte?

—¡Ah!... jeje. Ese es Tomás. Sucede que él piensa que un día será un

adulto si logra atravesar una nube.
¡Ja!, ¿quién podría creer en semejante barbaridad?

—¡Jijiji!, sí. Es una locura —dijo la nube— ¿a quién se le pudo ocurrir?

Pero después de esta conversación, la nube no paró de preguntarse.

—¿Y si nunca se entera de la verdad?
¡Ese avioncito intentará por siempre atravesar una nube y jamás lo logrará!

—¿Y si de tanto subir a las montañas y lanzarse al aire, un día se estrella contra el piso?

—¿Y si un día se cansa y nunca más lo vuelve a intentar? Eso será peor sin duda alguna...

Todos estos pensamientos no dejaron dormir a la pobre señora nube que tuvo que salir a la mañana siguiente para mirar otra vez a Tomás en su intento por volar.

Subía Tomás, el pequeño avioncito, listo para un intento más. Aunque

esta vez su semblante estaba algo marchito. Tenía esa cara de haber perdido la esperanza.

—Subiré y planearé, y esta vez será la última vez que lo haga —dijo Tomás—, luego de esto me resignaré a ser un pequeño avión de juguete para siempre. Será mi último intento.

La nube escuchó todo desde arriba, así que no pudo más, tuvo compasión del pequeño Tomás y decidió moverse y bajar hasta donde él estaba, justo en el momento del lanzamiento.

Tomás abrió sus grandes ojos y boca cuando vio la nube moverse. La esperanza le volvió de un solo respiro, sabía que esta era su oportunidad. Apresuró sus ruedas, lanzó su trompa para el frente, estiró sus alas y se echó a rodar con todo lo que pudo.

La nube miró la carrera de Tomás y se colocó justo en el paso calculando que el avioncito pudiera atravesarle...

Y... ¡así fue!

El pequeño avión no podía creerlo, la nube estaba allí, y la estaba atravesando, lenta y pausadamente, disfrutando de aquel momento que había esperado por tanto tiempo.

Giró por los aires dando vueltas de alegría, sus hélices de avión giraban sin parar mientras se dejaba llevar por los aires a través de la bondadosa nube.

¡Su sueño al fin se había cumplido!

Lo que nadie esperaba es que, del otro lado, al atravesar la nube, Tomás iría cambiando de forma: sus alas crecieron, también su fuselaje y hasta le salieron unos pequeños bigotes de avión adulto.

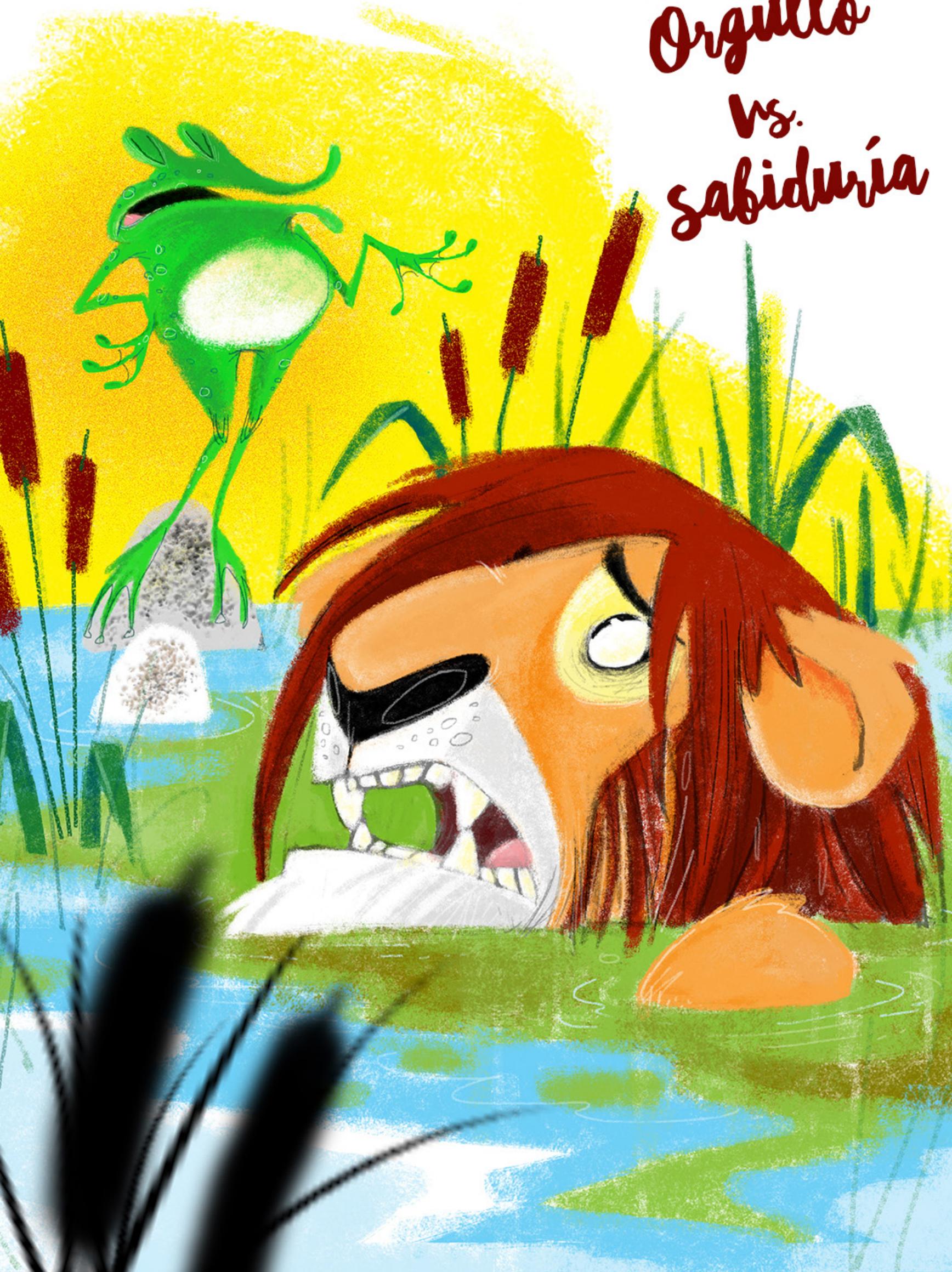
La nube no podía creer lo que sus ojos nublados veían. Tomás se convirtió en un avión adulto. Creció, como dijo el juguetero, atravesando una nube.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Cuáles son tus sueños?
- » ¿Qué te gustaría ser cuando crezcas?
- » Dios cumple los anhelos del corazón cuando van de acuerdo con su voluntad. (Salmos 37:4).

EL GOBERNANTE ARROGANTE

*Orgullo
vs.
sabiduría*



El orgulloso será humillado,
pero el humilde será honrado.

Proverbios 29:23

—¿Quién es el rey de la selva?

—¡El león, el león! —gritaban todos los animales ante la pregunta del pomposo felino.

Al león le gustaba escuchar cosas buenas de sí mismo y cada día, tan pronto como abría sus ojos, salía hasta donde estaban todos sus súbditos para preguntarles algo que le permitiera pavonearse delante de los demás.

—¿Quién es el más fuerte? —preguntaba el león en voz alta y grave.

—¡El león, el león! —respondían todos.

—¿Quién es el más valiente? —cuestionaba al siguiente día con un rugido.

—¡El león, el león! —contestaban una vez más.

Cierto día, cuando florecía la mañana, se le ocurrió preguntar:

—¿Quién tiene mayor sabiduría?

Pero antes de que todos respondieran a coro como siempre lo hacían, una voz salió de entre la muchedumbre:

—La rana —aseguró un armadillo provocando que todos volvieran la mirada con susto—, no he visto alguien más sabio que la rana.

—¡¿¿¿Qué???! —reclamó el león frunciendo sus melenudas cejas—. ¿Quién dijo eso?

—Fue este armadillo —dijeron las leonas señalando al intruso.

—Y tú, ¿quién eres? —interrogó el león con toda su autoridad—, ¿y cómo te atreves a decir que la rana es más sabia que yo?

—Solo soy un viajero su majestad, pero me he encontrado en el camino a una vieja rana que ha demostrado ser

muy sabia, y cuando usted preguntó, se me ocurrió decirlo.

—Dime entonces, ¿qué te hace pensar que es muy sabia? —preguntó el león extrañado de la respuesta de aquel armadillo.

—Pues, le contaré su excelencia. Yo venía caminando distraído por un sendero cuando la voz de la rana me interrumpió diciendo: “No creo que sea una buena idea caminar por ahí... ¿ya te has fijado en el lodo?”. Le respondí que no. Así que me enseñó a reconocer un pantano antes de caer en él.

El rey de la selva no quedó conforme con esa respuesta. En el fondo se sentía celoso por la forma en que aquel armadillo halagó a la rana y no soportaba la idea de ser superado por nadie. Por eso decidió ir a buscar al despreciable anfibio para demostrar que él era el más sabio de todos.

Pronto se acercó al estanque de la rana, pasó unos estrechos arbustos y

tuvo que quitar varias veces las ramas que estorbaban en el camino. El decidido león seguía caminando con rapidez mientras quitaba las lianas que se le habían pegado al lomo, cuando de alguna parte de la maleza salió una voz que dijo:

—No creo que sea una buena idea caminar por ahí... ¿ya te has fijado en el lodo?

—¿Lodo? —rugió el león sin detenerse—, ¿cuál lodo?

Pero no terminó de preguntar cuando se vio hundido en una profunda ciénaga que amenazaba con tragarlo completo.

—¡Ese lodo! —respondió la rana sin perder la calma ni por un segundo—, usted debió detenerse antes.

—¡¿Qué?! ¿Te atreves a darme lecciones ahora que me estoy hundiendo en este lodo pegajoso? Será mejor que me digas cómo salir de aquí.

—Mmm... ¡no será fácil! —aseguró respetuosamente la rana—. Primero debe usted levantar sus ojos al cielo.

—¿Al cielo? No ves que no tengo tiempo para tus juegos rana inútil. ¡Bah! Jamás he necesitado ayuda de nadie y no empezaré ahora.

—Sin embargo, estimado rey —dijo la rana con mucha sabiduría—, ya me ha pedido ayuda a mí. Ahora intento dársela. Pero déjeme decirle que sin ayuda y buenos consejos jamás saldrá de allí.

El pomposo rey tuvo que rendirse y levantar los ojos al cielo tal como la rana le dijo. Colgado de unas ramas sobre él, encontró a un mono que se mecía despreocupadamente.

—Ahora —continuó la rana—, lance una de las lianas que le rodean el lomo y dígale a ese mono que las use para sacarle.

El león no tuvo más remedio que hacerlo así. Tomó con el hocico una de

las lianas y con un giro fuerte de su cabeza logró colocarla en las manos del mono. Pronto el chimpancé sacudió los árboles para que cayesen muchas ramas cerca del león y luego usó las lianas para ayudar al soberbio rey a salir del pantano.

Una vez afuera, mientras se limpiaba el lodo, el león refunfuñaba contra la rana culpándola por todo. Por un rato permaneció callada pero luego decidió hablar.

—Majestuoso rey —dijo la rana sabia—, antes de que usted cayese en el pantano yo le había advertido, pero no me escuchó. Luego le ayudé a salir, pero ni las gracias me ha dado. Debo decirle que eso hace que usted no sea muy respetable, estimado rey.

El león no hizo caso a sus palabras y salió de aquel lugar con actitud rencorosa.

Cuando estuvo otra vez al frente de sus súbditos, se aseguró de que el

armadillo no estuviese por allí para interrumpir de nuevo, y luego volvió a preguntar:

—¿Quién es el más sabio de todos?

Todos dudaron al responder pues el indiscreto mono se había encargado de contar a todos lo que sucedió en el estanque de la rana.

Lo más sabio que pudo hacer el rey es no volver a preguntar a nadie lo que pensaban de él.

Dialoga con tus hijos.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

» ¿Qué desventajas tiene una persona altiva y arrogante?

» ¿Qué opina Dios de los orgullosos?

» ¿Por qué la rana demostró tener más sabiduría?



¡VAYA OVEJA!
El buen pastor

Yo soy el buen pastor.
Yo conozco a mis ovejas
y ellas me conocen a mí,
así como el Padre me conoce a mí
y yo lo conozco a él,
y doy mi vida por las ovejas.

Juan 10:14-15

Una mañana cualquiera en el prado,
dos ovejas conversaban.

—No entiendo, María Paz —dijo Mela—
, ¿por qué el pastor debe sacarnos to-
das las mañanas a caminar?, ¡odio ca-
minar!

—¿Acaso no quieres comer? —replicó
María Paz al instante—, las ovejas ne-
cesitamos alimento.

—¡Yo lo sé! —respondió Mela, la ove-
jita que se quejaba—, pero... ¡quizás
podría traernos la comida hasta el re-
dil.

—¡Eso es ridículo! —reclamó María Paz
colocando sus patas en la cintura—. Si

quieres comida fresca debes tomarla de los verdes pastos. Si no lo hacemos así, la comida llegaría seca e inservible.

Y así, cada día Mela se quejaba en contra del pastor por todo lo que tenía que esforzarse. Ella pensaba que las maltrataba, y por eso cada día tenía algo malo que decir.

Al día siguiente...

—Si quería darnos agua pudo dejarla en el abrevadero, dentro del redil — suspiró Mela en señal de desagrado.

—Sabes bien que el abrevadero tiene agua empozada —objetó María Paz mientras se saciaba de agua—, la mejor agua de todas es la que sale de este manantial.

—¡No lo sé! —discrepó Mela—, ha sido demasiado esfuerzo venir hasta acá. Cuando regresemos seguro estaremos tan sedientas de nuevo que necesitaremos volver. Definitivamente no es buena idea venir a este manantial.

Y al otro día...

—¿Te has fijado? —susurró Mela a su compañera con actitud sospechosa—. Dice ser el buen pastor, pero siempre anda con ese palo alistándose para pegarnos.

—¿De qué hablas? —dijo María Paz sorprendida—. ¡Jamás nos ha pegado! Sabes bien que la vara sirve para que sepamos hacia dónde dirigirnos. Aunque, bien valdría la pena que la usara para golpear a algunas ovejas que necesitan ser corregidas.

—Si lo dices por mí, mejor arrepiéntete, ¡jum!

Al fin, llegó el día sábado y el buen pastor había planificado llevar a las ovejas a los delicados pastos cerca de la montaña.

—Allí sí que mis ovejas van a estar felices —pensó el buen pastor mostrando una gran sonrisa—, podrán comer de los mejores pastos que existen en la región.

Y salieron a caminar. María Paz iba contenta y confiada de que el buen pastor haría lo mejor para ella. Mela no dejaba de quejarse. El resto de ovejas tenía conversaciones similares, pero ninguna era tan atrevida como Mela, que culpaba al buen pastor de todo el esfuerzo extra que, según ella, debían hacer.

Ya en la mitad del camino Mela se sintió agotada, inclinó sus patas y se echó en el suelo.

—No caminaré más —dijo Mela desafiante—, ha sido suficiente esfuerzo por el día de hoy.

—Está bien —dijo en voz alta el pastor como si entendiera lo que Mela decía—, descansaremos por unos minutos.

Pero los minutos se hicieron horas y con las horas llegó la noche. Las ovejas nunca habían pasado la noche fuera del redil, pero esta vez, por culpa de Mela, todas tuvieron que esperar.

El buen pastor, conocedor de los peligros de la noche, tomó a Mela en sus hombros y la cargó hasta un lugar cerca de la montaña. El resto de ovejas vieron eso y siguieron al pastor. Él sabría qué hacer.

Empezó a levantar con sus propias manos un gran muro sólido hecho de rocas grandes y pequeñas, y puso allí a las ovejas. No le tomó tanto tiempo, pero la noche llegó sin esperar nada.

—¡Auuuuu!, ¡auuuuu! —aullaron los lobos buscando un bocadillo.

—¡Esto es todo! —dijo Mela—, por culpa de este pastor imprudente tendremos que pasar la noche aquí. Seguro los lobos atravesarán esa débil pared que ha hecho.

—Por favor... ¡cállate Mela! —replicó María Paz—, ¿no ves que eres tú la culpable de que estemos aquí?

—¿Culpable yo?, ha sido él, con su vara y su lentitud que no ha sabido

llevarnos de regreso al redil cuando era de día.

—Mela, ¡ya basta! —exclamó furiosa María Paz—, no te hablaré el resto de la noche.

El buen pastor escuchó el aullar de los lobos y pronto se colocó en la parte del muro que parecía más débil. Las ovejitas estuvieron asustadas por algunos minutos, pensando que esa noche sería la última, pero luego se durmieron del cansancio. Al llegar el día, todo estaba bien. El muro no había sido tocado y el buen pastor no había pegado un ojo en toda la noche para cuidar a sus ovejas.

—Ahora, además de todo, tendremos que regresar caminando al redil —profririó Mela quejándose una vez más.

—No has aprendido nada Mela, espero que un día abras los ojos y veas la realidad.

Mela, por primera vez decidió callar. Recordó cómo aquel hombre de quien

se quejaba, la tomó en sus brazos y la llevó hasta un lugar seguro, y también cómo estuvo despierto mientras ella dormía.

Al final solo pudo decir:

—En verdad, él es el buen pastor.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Quién es el buen pastor?
- » ¿Con cuál de las dos ovejas te identificas?

LA PESADILLA DE LA ARDILLA

Juzgar por apariencias



No juzguen por lo que a
ustedes les parece;
juzguen con justicia

Juan 7:24

La señora ardilla construyó su casa en un árbol ubicado en el centro de la hacienda de un granjero. Se la pasaba recogiendo semillas y bellotas, usando una porción para comer y guardando otra para el invierno que estaba a punto de llegar.

Cierta día llegó allí un imponente toro negro que el granjero decidió colocar justo en el patio de la hacienda. Cuando la señora ardilla lo vio se asustó tanto que, de un salto, regresó al árbol donde vivía. Ese día ni siquiera salió a mirar por la ventana. Tenía mucho miedo.

Al siguiente día, la señora ardilla, esperaba no encontrarse de nuevo con esa figura espeluznante, pero apenas sacó su cabeza por la puerta, divisó al colosal cuadrúpedo corriendo

con furia de un lado a otro, echando humo por las narices en cada vuelta y desbaratando con sus afilados cuernos los montículos de hojas secas que el granjero acumulaba en una esquina.

¡Pffuunn!... ¡una carrera!

¡Pffuunn!... ¡otra carrera!

¡Frass!... una sacudida de sus cuernos.

¡Pffuunn!... ¡otra carrera más!

Otra vez la señora ardilla decidió quedarse encerrada en su casa, sacando la cabeza de cuando en cuando para verificar el estado de ánimo de la cruel bestia, y siempre la veía furiosa.

La ardillita no iba a quedarse tranquila hasta conseguir almacenar la comida necesaria, y ya que el invierno estaba a punto de llegar, tomó fuerzas y salió corriendo dando rápidos saltos por las ramas intentando burlar al toro.

Normalmente hubiera bajado hasta la tierra para luego atravesar la cerca pero, con la amenaza del toro, decidió

tomar impulso desde la rama más larga de su árbol con la esperanza de llegar fuera de su alcance.

En un salto de película la intrépida señora ardilla voló por los aires.

¡Tarás, tarás! Desde el árbol.

¡Fruuu! Hasta la cerca.

¡Pun, pas! Contra el piso.

La señora ardilla cayó en pleno territorio del toro. El sonido de su caída llamó la atención del enfurecido animal que resopló su aliento voraz mientras buscaba como un loco de dónde provenía el sonido.

Como una buena ardilla se levantó de inmediato, dio un salto y luego otro hasta llegar a la cerca, se abalanzó trepando por la madera y justo allí su pata derecha se atoró, quedando por completo a merced del toro.

El oscuro animal la miró fijamente agachando su cabeza, raspó su pata contra el piso, sacó un bufido por la

boca y poniendo los cuernos en dirección a la señora ardilla, inició la carrera.

Ella hizo todo lo que pudo para soltar su pequeña pata, pero le fue imposible.

Al final cerró sus ojos y pensó:

—Ya no llegaré a ver ni invierno ni verano, este día mi vida ha terminado.

El toro arremetió con fuerza y clavó su cuerno justo en la madera que aprisionaba a la ardilla, dio un giro con su cabeza y con fuerza despedazó esa parte de la cerca.

La señora ardilla pensó lo peor. Seguía con los ojos cerrados esperando su final, pero lo único que escuchó fueron las gruesas palabras del toro:

—Ya se encuentra libre señora.

Cuando la señora ardilla abrió los ojos, miró la expresión afable del gran toro que, lejos de querer hacerle daño, más bien parecía sonreírle. Todavía confundida, decidió preguntar.

—¡S.... sss... señor! —tartamudeó la ardilla—, ¿usted me ha liberado?

—Claro que sí —respondió el toro con una voz terriblemente ronca—, era una dama en apuros y necesitaba de mi ayuda.

—Pensé que venía con rabia para destriparme —inquirió la ardilla que todavía permanecía atónita.

—¿Destriparla? —reaccionó sorprendido el toro arqueando una ceja—, ¿por qué habría de hacer eso?

—Pues parecía muy molesto arremetiendo contra los montículos de hojas secas.

—¡Je...! ¡Je...! ¡Je...! —rio con lenta parsimonia el toro—, ese es mi juego favorito querida dama. ¡Je...! ¡Je...! ¡Je...!

Desde entonces, la ardilla y el toro fueron los mejores amigos, de esos que se la pasan conversando de todo, sin importarles si es invierno o verano.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué sentía la señora ardilla al principio cuando miraba al toro?
- » ¿En qué se parece la forma de ver al toro de la señora ardilla con la vida real?
- » ¿Cómo debemos mirar a las personas que aún no conocemos?

EL, FELIZÓMETRO

Renovación de la mente



No se amolden a la conducta de este mundo; al contrario, sean personas diferentes en cuanto a su conducta y forma de pensar. Así aprenderán lo que Dios quiere, lo que es bueno, agradable y perfecto.

Romanos 12:2

Algún día en la historia del mundo, alguien inventó un felizómetro. Era un aparato pequeño, delgado y blanco, de esos que tienen números y medidas para poder registrar la cantidad de alguna cosa, en este caso, de felicidad. Acercabas el felizómetro al corazón de alguien y el artefacto podía decirte si la persona era feliz o no.

El felizómetro tenía vida propia y aprendió poco a poco a reconocer a los seres humanos. Al darse cuenta de sus habilidades, el aparato iba de persona en persona midiendo su estado de ánimo.

Lo peor de todo era que cada vez que medía las emociones de alguien, hacía gestos imitando a la persona.

—¡Feliz! —decía el felizómetro a alguien que pasaba—, ¡esta persona es feliz...!

Y cuando decía eso se ponía sonriente como calabaza.

—¡Triste!, aquella persona está triste...—, e inmediatamente compungía su figura fingiendo entristecerse.

—¡Molesta!, esa persona siempre anda enojada —, decía arrugando las cejas en señal de enfado.

Al felizómetro le parecía bien divulgar los sentimientos de cada persona que encontraba, pero eso era algo de muy mal gusto. Sin embargo, una familia decidió recogerlo y llevarlo a su hogar. Era la primera vez que alguien decidía llevarlo a su casa.

El felizómetro pensó cumplir con todas sus ganas la tarea de medir la

felicidad, pero eso no fue algo que aquella familia apreció.

Cuando entraba el papá luego de sus muchas horas de trabajo, el artefacto colgaba los hombros y emitía un pitillo estridente diciendo:

—¡Cansado y enojado!, ¡cansado y enojado!

Los hermanos se peleaban por algún juguete y otra vez el aparato chirriaba:

—¡Uno está triste y el otro enfadado!, ¡uno está triste y el otro enfadado!

La señora de la casa se asomaba a la ventana por la tarde y el felizómetro gritaba:

—¡Sola... se siente deprimida y sola!, ¡aquí nadie es feliz!

Todos los miembros de la familia soportaban incómodos sus impertinencias, hasta que la mayor de los hermanos que ya tenía unos siete años, se acercó al aparato, harta de escuchar sus acusaciones.

—¡Yaaa bastaaa!... ¡cállate!, ¿no te das cuenta de que no queremos escuchar tus mediciones de felicidad? ¡No te necesitamos!

Y diciendo eso, salió corriendo hacia su habitación.

Fue la primera vez que alguien le decía al felizómetro lo mal que estaba actuando.

¿De qué le servía al pobre aparato gritar a los cuatro vientos la falta de felicidad de alguien, si era él mismo quien les provocaba el rencor, la ira y el llanto?

Por eso prefirió estar callado y salir de aquel hogar, hasta lograr entender al ser humano de verdad, no solo para medir sus emociones, sino para entender su corazón. Entender a los hombres, a las mujeres, a los niños y a los jóvenes.

Y el tiempo pasó...

Viajó el felizómetro de país en país,

de ciudad en ciudad, de casa en casa, y tuvo tiempo de aprender. Aprendió de los hombres, de las mujeres y sobre todo de los niños. Conoció niños felices y también niños tristes, niños que no tenían la culpa de haber nacido en un mal hogar y también los que estaban orgullosos de sus papás.

También conoció a los niños que pasan todo el tiempo solos, y a esos que solo andan jugando y divirtiéndose porque tienen muchos amigos.

Luego de algunos años, por aquellas casualidades de la vida, el felizómetro fue a parar nuevamente en la primera casa de donde salió. Sí, justo allí, donde aquella pequeña niña le había gritado unas cuantas verdades.

Ahora la niña era una joven hermosa, de cabellos rizados y más sonriente que todas las jóvenes de su edad, aunque a veces tenía sus momentos de nostalgia.

Miró al viejo aparato que medía la felicidad y recordó aquellos tiempos de

su niñez, cuando tuvo que decirle que pare con esas mediciones que hacían sentir tan mal a todos.

—¡Hola, pequeño aparato!, te recuerdo bien. ¿Acaso no me vas a decir cómo me siento hoy?

—Saludos señorita —respondió con cortesía el felizómetro—, veo que se encuentra usted feliz, eso me alegra.

—¡Je, je!, pues yo veo que ahora eres un aparato muy educado.

—He tenido que aprender de ustedes los humanos —dijo—, y de paso quería darte las gracias. Sin ti, jamás hubiera entendido lo más profundo de sus emociones.

—Te felicito, pero creo que aprendiste más que eso. Aprendiste a cambiar. Eso es algo que solo los humanos pueden hacer.

—Gracias señorita, supongo que entender más a los humanos, me hace más humano.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Crees que las personas pueden cambiar?
- » ¿En qué deberías cambiar?

EL ARBOL AMARGADO

Amargura y falta de perdón



Pero aun así, las serenas
palabras del sabio
son mejores que los clamores
del rey de los necios.

Eclesiastés 9:17

Esa mañana no era diferente a cualquier salida de sol en el huerto del granjero. Los animales y plantas habían aprendido a vivir en armonía unos con otros, y la vida en el campo era de perfecta paz.

Sin embargo, esa mañana en particular el granjero notó que el Fresno empezaba a quejarse de todo lo que pasaba a su alrededor.

—¿Por qué las aves hacen nido en mis ramas? —repetía el malhumorado árbol—, ¿por qué se quieren aprovechar de mí? Estos pájaros son abusivos conmigo, me rehúso a aceptar que solamente sirvo para que las aves hagan nido en mis ramas.

A eso del mediodía, caminaba un puercoespín buscando alguna sombra que le ayudara a resistir el sol y el cansancio del camino diario.

—¿Qué haces aquí? —dijo el Fresno—, ¿no tienes nada mejor que hacer?

—¡Eh!... solo estoy tomando un poco de sombra —respondió tímido el puercoespín—, ¿acaso está prohibido?

—Pues ni siquiera me has pedido permiso para beneficiarte de mi sombra, así que tendré que pedirte que te vayas a otro lado.

—¡Qué curioso! —dijo molesto el puercoespín—, todo árbol ha nacido para dar sombra pero tú me echas de aquí por ayudarte a cumplir tu propósito. No necesitas echarme, claro que me voy. Luego no te sorprendas de estar completamente solo.

Más tarde, un conejo blanco estaba construyendo su madriguera debajo de la tierra, y llegó cerca de las raíces del Fresno.

—He sabido que los fresnos tienen grandes raíces —pensó el conejo—, tan perdurables como para poder hacer mi madriguera dentro.

Con estas palabras el conejo pedía permiso al Fresno para hacer su hogar debajo de él.

—Ni loco lo aceptaré —gritó el Fresno con furia—, mi respuesta es un rotundo ¡NO! ¿Acaso quieres que mis raíces se debiliten? Vete a buscar una guarida en otra parte.

Así, el Fresno se iba quedando sin amigos. Los árboles que habían sido plantados cerca de él solicitaron al granjero un trasplante de inmediato pues ya no soportaban la idea de seguir escuchando su amargura.

El granjero les concedió su petición a todos, pero no se quedó conforme con ver al Fresno solitario en medio del monte. Decidió acercarse y preguntar.

—¡Hey!... buenos días, señor Fresno
—exclamó el granjero acercándose al
gran árbol—, ¿cómo estás?

Para sorpresa del cultivador, el árbol
estaba llorando en secreto. Secando
las lágrimas que caían de sus ojos de
árbol, respondió fingiendo naturali-
dad.

—Absolutamente bien, me alegro de al
fin poder estar solo para meditar.

—No es bueno que estés solo Fresno
—cuestionaba con autoridad el granje-
ro—, ¿cuál es el motivo de tu tristeza
y odio hacia el resto de la naturaleza?

—¡Pues te lo diré de una vez! No es
justo que todos en el bosque confa-
bulen para aprovecharse de mí. Nadie
me pregunta si necesito algo. Y cada
vez que intento tener una conversa-
ción normal, termino ahuyentando a
todos y ahora nadie quiere acercar-
se a mí. ¿Qué tengo de malo? Ahora
pienso que en realidad nunca debí ser
plantado en este lugar.

—Mmm... no sé qué es lo que te sucede —respondió el sembrador—, pero lo vamos a averiguar.

Así que decidió revisar cada rama, hoja y porción de tronco del árbol. De pronto, un brazo de luz de sol atravesó el valle llegando justo hasta el Fresno. Sí. Ahí estaba la razón. Una raíz amarga.

—Escucha amigo Fresno, he descubierto una raíz amarga entre tus raíces, por eso andas tan amargado. ¿Tienes alguna idea de por qué está ahí?

—No —respondió sorprendido el árbol—, pero me molesta mucho que digas que el problema soy yo. Te he dicho que yo no tengo ningún problema, por el contrario, son todos en el bosque los que están contra mí. Pregúntales a ellos... ¿qué les sucede?, yo soy solo una víctima. A esto justamente se refería la iguana. Ella dice que no debería dejar que todos se aprovechen de lo que puedo ofrecer.

—¿La iguana? —interrumpió el granjero, reconociendo la causa de estos males—, ¿cuándo viste a la iguana?

—Hace unos meses, hizo unas cuantas suciedades por allí y luego me dijo eso.

—Justamente por eso la iguana se alejó de este valle, porque las palabras que salían de su mal corazón hacían que todos cambien el humor. Por eso la echamos.

Mientras el granjero decía estas cosas, desenterraba la raíz amarga y poco a poco la apartaba del resto de raigones.

Una semana después, el Fresno estaba tan radiante que todas las criaturas del bosque querían estar a su alrededor. Aves anidaban en sus ramas y el Fresno conversaba con ellas y les daba instrucciones de cómo utilizar mejor sus hojas, pues él sabía que había sido creado para eso.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Alguna vez te han dicho palabras que hirieron tu corazón?
- » ¿Qué palabras pueden herir a los demás?
- » ¿Qué sucede si te guardas y crees en las palabras que te han herido?

BELLA ESTRELLA

La creación de Dios



Entonces Dios hizo dos grandes luces:
la más grande para que alumbrase
durante el día, y la más pequeña,
para que brille en la noche.
También Dios hizo las estrellas.
Dios puso estas luces en el cielo
para que alumbraran la tierra
de día y de noche,
y para que separaran
la luz de la oscuridad.
Y Dios vio que esto era hermoso.

Génesis 1:16-18

Luminosa estrella lunar,
Astro que presencié el inicio,
Dime: ¿qué pasó en el principio
cuando tú empezaste a brillar?

—Solamente por las noches —ordenó
el Creador—, el Sol brillará en el día y
tú, Luna, podrás dejarte ver en las no-
ches.

Estrellas fugaces pasaban por allí en el
momento de la creación de la Luna, y

con su sonido supersónico aplaudían la majestuosidad de aquel astro circular. Ella fue creada para gobernar la noche.

Y la redonda y obediente Luna se mantuvo por muchos años apareciendo solo por las noches, pero un día se cansó y levantando de forma altanera su voz, dijo...

—Dichoso tú, Sol resplandeciente, que sales en el día para que todo el mundo te vea. Yo, en cambio, salgo por las noches, cuando la gente se esconde.

La queja fue escuchada por una rapidísima estrella fugaz que pasaba por allí y, como era una entrometida, decidió intervenir.

—Luna, Lunita, Luneta, Lunar... ¿por qué tu rostro ha dejado de alumbrar?

—¡Nada! —respondió la Luna cruzando sus brazos y dándole la espalda a la simpática estrellita—, no es algo que te importe estrella boba.

—Luna, Lunar... no me puedes escon-
der lo que te pasa, tu tristeza se nota
a leguas al pasar.

—¡Bah!, es a causa del Sol —exclamó
con enfado—, y ya no me preguntes
más.

Y como era una estrella fugaz, tuvo
que seguir sin demora su camino, pero
a la mañana siguiente...

—Luna, Lunita, Luneja... ¿dime cuál es
ahora tu queja?

—¿Otra vez tú? —contestó la Luna
frunciendo las cejas con desapropa-
ción—, por favor déjame en paz.

—Luna, Luneta, Lunar... yo no puedo
dejarte de hablar, pero vendré maña-
na, quizás ya te habrás dejado de la-
mentar.

Pasaron varios días con la Luna triste
y la estrella fugaz que con toda im-
pertinencia le seguía visitando con
esas preguntas que molestaban a la
pobre Luna insatisfecha.

—Luna, Lunías... ¿al fin me dirás por qué al sol envidias?

—¡Grrr!... Te lo diré de una vez por todas estrella fastidiosa. Todos admiran al Sol, porque da luz y calor a todos los planetas, mientras que yo apenas soy como un cuadro sin vida que nadie quiere observar.

—Mira Lunita... desde que has entristecido, la Tierra se ha decaído.

—¿De qué hablas, estrella inoportuna?

—Es cierto que el Sol es grandioso, lo veo cada mañana luminoso. Nada más precioso que el Sol esplendoroso.

—¡Exacto!... a eso me refiero —asintió la Luna.

—Pero Lunita, creo que subestimas tus propias cualidades, parece ser que no conoces tus habilidades.

La Luna se quedó pensativa con las palabras de aquella estrella fugaz que le gustaba hablar en verso, pero como era fugaz no podía quedarse mucho

tiempo, así que la pobre Lunita tuvo que quedarse con la duda hasta el día siguiente, cuando la viajera pasaría de nuevo por allí.

—Lunita, Luneta, Lunoy... ¿lista para brillar el día de hoy?

—Oye estrella loca, vas a tener que decirme de qué hablas. ¿Dices que no debería envidiar al sol?

—Luna, Lunita... el Sol también te envidia, aunque no lo admita. Dichosa tu Luna, Lunar, que, con tu poder puedes controlar el mar. Aunque no todo el mundo lo crea, tu siempre agitas la marea.

Desde aquel día la Luna dejó de reclamar al sol y de quejarse con su creador. Se dedicó a jugar alegremente con las mareas, a veces agitando los mares, y otras veces calmando las olas, pues su función era mucho más que solo decorar la noche.

Cada persona con su afán,
cada persona en su función,
cada quien es capaz de dar,
lo que tiene en su corazón.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué piensas de la creación de Dios?
- » ¿Sabías que hay gente que no cree que Dios lo creó todo?

UN SISEO DESESPERADO

Ayuda desinteresada



Dios es nuestro amparo
y nuestra fuerza,
nuestra pronta ayuda
en tiempos de tribulación.

Salmos 46:1

Un hermoso caballo de carreras se mudó de la ciudad a la pradera. Quería aprovechar el aire puro del campo mientras entrenaba para las próximas competiciones. Una comitiva compuesta por el oso y el conejo, se acercaron al caballo para recibirle como buenos anfitriones.

—Seas bienvenido, caballo —gruñó el oso tomando la iniciativa—, en este bosque podrás entrenar todo lo que quieras. Cuenta con nuestra ayuda en lo que necesites.

—Muchas gracias —relinchó el caballo—, intentaré no molestar a nadie. Solo haré unas carreras por aquí y unos saltos por allá, pero si necesito ayuda los buscaré.

—Adelante —zapateó el conejo haciendo un gesto con su cabeza—, te ayudaremos en lo que sea. Sin embargo, a quien no debes pedir ayuda es a la serpiente.

—¿La serpiente? —exclamó el caballo extrañado por el consejo—, ¿qué pasa con la serpiente?

—Pues, debes saber que nunca ayuda a nadie —advirtió el conejo meneando su dedo índice—. Una vez le pedí que me ayudara a bajar unas frutas desde la rama de un árbol, y la muy grosera me dijo: “¡Sube tú mismo, y tómalas!”.

—¿Es eso cierto?

—Sí, tal cual como lo oyes —aseveró el oso con su voz lenta y pesada pesada—, yo le pedí que usara sus afilados colmillos para quitarme una astilla que se me había clavado en la espalda, pero tampoco quiso. Desde allí hemos decidido no ayudar de ninguna manera a ese animal rastrero. Bien merecido se lo tiene.

—Gracias por la advertencia —dijo agradecido el caballo—, lo tomaré en cuenta.

Esa noche, una fuerte lluvia cayó en la pradera, dejando grandes charcos de lodo por todo el lugar. Lodo por aquí, y lodo por allá. Charcos por aquí, charcos por allá.

Pero eso no detuvo al caballo que, como quería entrenar, salió con el mejor ánimo del mundo. De pronto, escuchó gritos que salían de un lodazal.

—Sssss... ¡auxxxxiliooooo!... sssss —siseaba desesperada la serpiente—, ¡por favor!... alguien que me ayude... sssss.

El caballo se dio cuenta de que la pobre larguirucha se había atascado entre dos grandes y pesadas piedras que se deslizaron desde la colina. Por más que intentaba zafarse no lo lograba, lastimándose cada vez más. El caballo supo al instante lo que debía hacer.

—¡Vamos serpiente! —gritó el caballo—, tú puedes salir de allí.

—No puedo —contestó indignada la serpiente dispuesta a rendirse—, lo he intentado por horas.

—¡Sé que podrás!, ¡vamos!... yo daré una patada a la piedra y tu aprovechas para salir.

Así lo hizo... y así sucedió... ¡la serpiente se liberó! Cuando recobró la calma, por fin habló:

—Mmm... bien, esteeee... mmm... bueno, ¡gracias caballo!, has sido muy gentil en ayudarme. Ni el oso ni el conejo que pasaron antes quisieron darme una mano. El oso bien podía usar su fuerza para mover esas rocas, y el conejo hubiera podido cavar en la tierra para dejarme libre, pero no lo hicieron. Sin embargo, tú...

—Siempre es mejor ayudar al que está en problemas —interrumpió el caballo—. Si no ayudas, estorbas.

La serpiente entrecerraba sus ojos sin párpados, pues no entendía aquellas palabras extrañas.

—Creo que eso es algo que debería escuchar el oso y el conejo.

Cuando al fin el caballo se encontró con el oso y el conejo decidió confrontarlos.

—¿Cómo está todo amigos?

—¿Todo? —gruñó el oso—, ¡va de maravilla! No sabemos qué sucedió, pero ahora la serpiente se la pasa ayudando a todos los animales.

—No lo entiendo —zapateaba el conejo apoyando el argumento de su compañero—, se la pasa diciendo: “El que no ayuda, estorba”.

—Exactamente queridos amigos —intervino el caballo—, creo que ustedes no ayudaron mucho tampoco cuando sugirieron que no le hiciera ningún favor a la serpiente. La verdad es que estorbaron un poco.

El oso gruñó y el conejo chilló, ambos dieron sonidos de desaprobación al sentirse corregidos por el caballo que,

luego de un buen rato de darles sabios consejos, arrancó relinchando de gusto.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Por qué es bueno ayudar a los demás?
- » ¿Qué fue lo malo en la actitud del oso y el conejo?
- » ¿Qué sientes al saber que Dios siempre estará dispuesto a ayudarte en todo?



UN PASATIEMPO A DESTIEMPO

Administración del tiempo

Para todo hay un tiempo oportuno.

Hay tiempo para todo
lo que se hace bajo el sol.

Eclesiastés 3.1

Camilo y sus papás estaban reunidos para su desayuno especial de sábado. El niño anhelaba tanto que llegase ese día porque disfrutaba muchísimo ver a su papá preparando la comida.

—Aprovecha bien el tiempo, Camilo
—¡le recomendaba su papá, pues se había vuelto un poco dormilón—. Si no despiertas pronto llegarás tarde a la escuela todos los días.

Es que la última semana a Camilo le había costado demasiado despertar.

El lunes, de regreso a clases, Camilo llegó somnoliento... tanto, que se le pegaban los ojos mientras la maestra explicaba la materia.

Y así pasó toda la semana. Despertando tarde y con sueño todo el día.

Una noche en particular, la mamá de Camilo se levantó de madrugada para tomar un vaso de agua y mientras caminaba hacia la cocina, miró una luz encendida. Era el cuarto de Camilo.

—¡Qué raro! —pensó—, recuerdo haber apagado todas las luces.

Entró de inmediato y sintió un movimiento en la cama de su hijo. Ella, como buena madre, sabía que su hijo no estaba durmiendo sin embargo, fingió no haberse dado cuenta, apagó la luz y cerró la puerta.

Luego de eso, ella despertó a su esposo y juntos decidieron investigar esa misma noche lo que estaba sucediendo. Esperaron que el niño se durmiera y luego fueron caminando de puntillas para no despertarlo.

Movieron un poco sus cobijas y... ¡tarán!, allí estaba la prueba. Camilo escondía unas cuantas ediciones de comics que había estado leyendo. Camilo se había obsesionado tanto

con aquellas revistas de héroes, que se quedaba las noches leyendo hasta muy tarde. Por eso no lograba despertarse.

Al ver esto, los papás de Camilo se lanzaron una cómplice mirada y decidieron darle una lección.

La mañana siguiente era sábado otra vez, así que sus padres le permitieron dormir unas cuantas horas más.

Cuando al fin despertó se sintió raro porque el sol estaba en lo más alto del cielo.

—¡Papááá!, ¡mamááá! —gritaba Camilo por los pasillos de su casa—, ¿qué pasó?... ¿y el desayuno?

—¡Ohhh Camilo!, lo sentimos mucho. Despertaste demasiado tarde y ya no pudiste desayunar con nosotros. Pero ya pronto será el almuerzo.

—¿¡Qué!?!... ¿ya es medio día?, ¿por qué no me despertaron?

—Lo hicimos —respondió su madre—, pero estabas tan cansado que preferimos dejarte dormir.

—Entonces... ¿perdí el desayuno?

—Si —contestó su papá fingiendo no saber nada—, pero no te preocupes, habrá otros.

Camilo regresó triste a su habitación, y para olvidarse de todo se dispuso a leer sus historietas, pero por más que buscaba no lograba encontrarlas.

Levantaba sus cuadernos, miraba por debajo de su cama, en los estantes de libros. Buscaba de un lado a otro de su habitación, pero no estaban en ningún lado.

—¿Buscas algo? —interrogó el padre de Camilo mirando a su hijo que ponía de cabeza su habitación.

—Nada papá, solo pongo un poco de orden por aquí.

—Mmm... si buscas tus historietas, las tiene tu mamá.

Camilo se puso verde del susto y de inmediato paró de buscar, regresó a ver a su padre con esa mirada que tienen los niños cuando son descubiertos, agachando un poco la cabeza y levantando los ojos con vergüenza. Aunque no dijo absolutamente nada.

—Camilo —dijo cariñosamente su papá—, ¿puedes ver cuántas cosas perdiste esta semana? No solamente perdiste el desayuno especial, perdiste horas de sueño y descanso, y seguramente perdiste horas de clase por estar casi dormido en el colegio. Por último, hasta perdiste tus historietas.

—Papá, mis historietas nooo —dijo Camilo uniendo las cejas y haciendo un puchero como si fuera un bebé.

—Sí Camilo, las historietas sí. No podrás leerlas hasta que aprendas a aprovechar bien el tiempo. Así que, por favor, quita esa cara triste y ordena tu habitación.

Su mamá fue a visitarlo un par de horas más tarde. Se sentó a su lado y acarició sus cabellos como cuando era un niño de brazos.

—Hijo, ¿aprendiste la lección?

—Claro que sí —respondió Camilo un poco arrogante—, no dejarse descubrir por los padres.

Su mamá sonrió delicadamente.

—Camilo, el tiempo que pierdes no volverá, debes aprender a aprovecharlo. Además, no puedes hacer las cosas a escondidas de nosotros.

—Eso lo entiendo mamá, pero no me gustan los castigos. ¿Cuándo volveré a tener mis comics?

—Cuando termines tus tareas —contestó su mamá.

—¡Ehhh!, eso es fácil. Casi no tengo tareas.

—Te equivocas, llamó tu maestra a decirnos que no has entregado todas las

tareas de la semana. Parece que mientras fingías estudiar, también leías tus historietas.

Camilo abrió los ojos como lunas y se sintió nuevamente descubierto.

Desperdiciar el tiempo es fácil, recuperarlo es muy, muy difícil.

Dialoga con tus hijos.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué estuvo mal en lo que hacía Camilo?
- » ¿Qué cosas puedes perder si no aprovechas bien el tiempo?
- » ¿Qué piensas de la frase “hay un tiempo para todo”?

LUCY, LA LUCIÉRNAGA

Amistad vs. Abuso



¡Así dejen ustedes brillar su luz
ante toda la gente!
¡Que las buenas obras que ustedes
realicen brillen de tal manera
que la gente adore al Padre
celestial!

Mateo 5:16

Era el primer día de clases y Valeria estaba nerviosa porque era nueva en aquella escuela. Para empezar bien el año, el maestro decidió hacer una visita al salón de zoología donde preparó una mampara de vidrio llena de hermosas y luminosas luciérnagas. Una de ellas no estaba encendida como las otras y eso llamó la atención de Valeria.

El maestro explicó que las luciérnagas encienden su luz para llamar a sus compañeras, pero la apagan cuando se sienten amenazadas.

—Se llama Lucy —dijo una niña acercándose a Valeria—, como yo. Siempre está apagada.

—Hola Lucy, yo soy Valeria, pero me puedes decir Vale. Me gustan las luciérnagas. Es lindo que le pongas tu nombre a una de ellas.

—Sí, creo que así no estará perdida.

Desde ese día empezaron a ser buenas amigas. Se sentaban juntas y se ayudaban en sus tareas, y salían juntas a tomar el autobús a casa, pero no en el almuerzo. Cuando la campana sonaba, mientras todos los niños y niñas salían despavoridos para jugar o comer, Lucy caminaba por los pasillos hasta perderse.

—¿A dónde vas, Lucy? —le preguntaba Valeria cada vez que su amiga desaparecía.

—Lo siento Vale. No te puedo decir.

Mientras Lucy se escurría por los pasillos, Valeria decidió seguirle sigilosamente para que no se diera cuenta, hasta que llegó a la bodega del conserje.

Allí pudo ver lo que sucedía: un grupo de niñas más grandes y con mala actitud que se reunía para repartirse la comida que les robaba a las otras niñas. Indignada, Valeria pensó en defender a su amiga, pero ellas eran grandes y no se atrevía. Hasta que de pronto una sombra apareció detrás de Valeria dejándola sin aliento.

—¡Y tú!... ¿Quién eres, enana? —dijo una niña con voz malvada.

Cuando Valeria dio la vuelta tuvo que levantar la mirada unos cuantos centímetros para poder ver el rostro de la niña que le hablaba. Ella la tomó del brazo y la zarandeó hasta donde estaban las demás.

—Encontré más comida —dijo aquella muchacha a las otras.

—Esperen por favor —gemía Valeria asustada—, yo no hice nada.

Lucy la miró y solo pudo llevar su mano a la frente mientras meneaba su cabeza.

—Vale, te dije que no te podía decir dónde estaba —susurró Lucy—, en estas cosas siempre es mejor no decir nada.

—No estoy de acuerdo —respondió Valeria en igual susurro—, debemos salir de aquí.

—Tranquila, pronto saldremos. Ya tienen nuestra comida.

—Escucha bien, niña nueva —alardeó la que parecía la jefa de todas las niñas malvadas—, de esto no le puedes contar a nadie, sino... ¡vas a ver lo que te pasa!

Dicho esto, todas se rieron a carcajadas y luego sacaron de allí a las dos niñas que estaban tan atemorizadas que no podían hablar. Juntas se fueron a esconder al salón de zoología.

—Es lo que te decía Vale —repitió Lucy—, las luciérnagas apagan la luz cuando se sienten amenazadas. Por eso yo prefiero apagarme y no decir nada.

Valeria no dijo nada. Se fue a casa pensando en las palabras de Lucy.

Al día siguiente, cuando llegó la hora del almuerzo, Valeria no estaba dispuesta a dejarse arrebatar su comida una vez más, y quiso convencer a Lucy de que tampoco lo haga. Pero una de esas niñas se acercó con sigilo hasta donde ellas estaban y les dijo susurrando: ¡ya saben qué hacer!

Lucy inmediatamente empezó a caminar con la cabeza agachada hacia el pasillo de siempre, y Valeria le siguió.

—¿Listas, enanas? —dijo la jefa del grupo mostrando su puño derecho—, a sacar la comida.

Lucy instantáneamente abrió su maleta y sacó la comida que había traído. Valeria se quedó de pie, molesta y con los brazos cruzados.

—¡Qué!, ¿no escuchaste?

—Sí, escuché —contestó Valeria desafiando a aquella niña grande—, pero no te obedeceré.

La muchacha malvada levantó su pesada mano y Valeria arrugó la mitad de su cara esperando el peor de los golpes.

—¡Alto! —gritó el conserje entrando de golpe—, ¿qué creen que están haciendo?

Su voz fue tan fuerte que las otras niñas salieron corriendo aterrorizadas. Lucy no podía creer lo que había sucedido.

—¡Gracias, don Fernando! —dijo Vale a su salvador.

—Fue un placer Valeria —respondió el conserje—, si esas niñas te siguen molestando, avísame y se lo diremos al director.

—Vale... ¿fuiste tú la que planeaste todo esto?

—Claro que sí amiga, desde el momento que todo pasó, supe que mi luz debía encenderse para pedir ayuda.

La vida siempre es mejor cuando tienes alguien con quien contar.

Dialoga con tus hijos.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué haces cuando alguien más grande te molesta?
- » ¿Por qué es bueno tener alguien con quien contar?
- » ¿Qué significa para ti encender tu luz?

AGUA CONTAMINADA

El poder de las palabras



Las palabras amables
son como la miel,
endulzan el alma
y dan salud al cuerpo.

Proverbios 16:24

El dueño de un rancho daba de comer y de beber a sus animales todas las mañanas desde muy temprano. Los pozos se llenaban con el agua que bajaba de las vertientes de la montaña.

Un día sus animales empezaron a enfermar:

—¡Muuu!, ¡muuu!... ¡muuucho dolor tenemos, ya no saldremos! —mugieron las vacas.

—¡Hiii!, ¡hiii!... ¡tengo un dolor aquíí! —relincharon los caballos.

—¡Meee!, ¡mee!... ¡esto de verdad dueleeee! —balaron las ovejas.

Una enfermedad así debía tener algún motivo, así que el dueño del rancho

empezó a investigar. Revisó la comida, y todo estaba bien.

Miró las semillas y hojas que les daba y nada parecía fuera de lo común.

Pero cuando revisó el agua, se percató de que no estaba cristalina como siempre. Encontró algunos restos de lodo y varios desechos diminutos.

—¡Debe ser eso! —pensó para sí—, ¿qué estará pasando?

No dejó pasar más tiempo y subió hasta lo más alto de la colina, desde donde venía el agua. Allí, en la vertiente, encontró a dos muchachos que estaban llenando con basura el manantial, removían tierra y jugaban a ensuciarlo, aunque no se daban cuenta del mal que estaban provocando.

—¿Será malo lanzar esta basura en el agua? —dijo el menor.

—Claro que no, a nadie le importa —respondió su hermano con desprecio—, vamos a ver... ¡quién ensucia más el agua!

—¡Epa!... ¿qué están haciendo? —gritó el dueño del rancho.

—¿Qué le importa, viejo? —respondió el mayor de ellos.

—¿No ven que mis animales se han enfermado por la basura que ustedes han echado en el agua?

El muchacho se encogió de hombros en señal de que no le importaba, e inmediatamente corrieron a ocultarse entre los árboles; pero aquel hombre, interesado en que los jovenzuelos tuvieran una reprimenda, los siguió hasta la hacienda vecina.

Con sigilo se acercó a la ventana de una vieja casa en la que se metieron los dos malandrines. Mirando con cautela descubrió al abuelo de los muchachos gritándoles tan fuerte hasta hacerles llorar. Al parecer sus padres ya no estaban y era su abuelo quien les criaba.

Entonces el ranchero entendió de dónde venía aquella basura, mucho

más que la contaminación del agua, esas palabras contaminaban el alma, la mente y el corazón. Regresó pensativo por el bosque hasta su casa y meditó en lo que había visto durante toda la noche.

A la mañana siguiente los muchachos volvieron al manantial y empezaron a lanzar algunas hojas secas al agua. De repente oyeron un sonido detrás de unos árboles. Pensaron que sería un conejo o algún animal a quien molestar y fueron a seguirle el rastro.

Justo cuando pensaban que lo habían encontrado, escucharon un fuerte gruñido detrás de unos matorrales. Ellos se paralizaron de miedo y solo lograron abrazarse esperando ver un oso y algún animal peligroso.

Para su sorpresa, quien apareció fue el ranchero. Escondía algo a sus espaldas y estaba a punto de sacarlo. Los muchachos pensaron lo peor y solo se quedaron inmóviles pues sabían que les venía una gran paliza.

¿Qué tendría el ranchero en sus manos? ¿Un palo para golpearles?, ¿una tabla? ¡O quizás tendría un látigo para reprenderles como hacía con sus animales!

El dueño del rancho sacó de sus espaldas la mitad de un limón que había partido, y sin quitarles los ojos de encima, exprimió el limón en un poco de agua que sostenía en la otra mano.

Luego dejó la jarra en una roca y sacó un frasco de miel, le puso una gran cucharada y preparó la más deliciosa limonada. Cuando estuvo lista, les dio a beber.

Ellos se quedaron atónitos, mirándose el uno al otro dudando si debían tomar la limonada o no. Al final decidieron aceptar.

—El agua es limpia y cristalina —les dijo—, si echas basura en ella puedes enfermar a todos, pero si le añades algo de limón y miel, se puede convertir en un deleite para calmar la sed.

Los muchachos probaron la limonada, miraron a los ojos al granjero, y sonriendo le extendieron la mano en señal de hacer las paces.

A partir de ese día, ellos se convirtieron en los mejores cuidadores del bosque y sus alrededores; mantenían el agua limpia y enseñaban a otros a cuidar la naturaleza.

—¡Muuu! ¡Muuu!... ¡Muuuy bien nos sentimos! —mugieron las vacas.

—¡Hiii! ¡hiii!... ¡qué bueno es estar asííí! —relincharon los caballos.

—¡Meee! ¡Meee!... ¡meeee siento meeeejor! —balaron las ovejas.

¡Ciertamente el agua limpia los sanó!

El ser humano es como el agua, vamos corriendo limpios por la vida, hasta que alguien nos echa basura con sus palabras y entonces nos ensucia. Pero si alguien nos dice palabras lindas que nos levanten el ánimo, eso es como la miel de una rica limonada.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Pueden las palabras contaminar a las personas?
- » ¿Cómo son las palabras de Dios para sus hijos?

Dar la otra mejilla
**UNA ABEJA
EJEMPLAR**



Asegúrense de que ninguno
pague mal por mal.
Al contrario,
procuren siempre hacer el bien,
no sólo entre ustedes
sino también a todos los demás.

1 Tesalonicenses 5:15

En el mundo diminuto de los insectos volaba Sonia, la abejita más sonriente del valle. Cada mañana Sonia levantaba sus potentes alas para volar sobre las amapolas y los geranios buscando algo de polen para llevar al panal.

Un día no muy soleado, la alegre abejita salió como siempre, cantando y agitando sus alas, con dirección a los campos de amapolas. Pero esa mañana un grupo de impertinentes abejorros decidió juntarse para malograr el día de Sonia.

—¡Bah!... ¡qué abeja tan corriente! — dijo el abejorro más grande—, las flores van a tener que esconderse cuando

aparezcas. Una abeja tan fea no podría recolectar la dulce miel de las amapolas.

—¡Es cierto! —dijo riendo el otro abejorro—, ¡qué abeja tan fea!

Sonia jamás había escuchado palabras tan duras de nadie, así que regresó muy confundida al panal, sin haber traído nada de polen.

Allí le esperaba Ricky, el líder de los recolectores, a quien Sonia respetaba mucho porque siempre le daba buenos consejos. Él siempre la felicitaba por toda la cantidad de polen que traía el panal.

—¿¡Sonia!?!... —dijo Ricky sorprendido al ver a la abeja con las manos vacías—, ¿qué pasó con el polen?, tú siempre traes mucho... ¿por qué has regresado tan pronto?

La abejita permaneció callada, con los ojos clavados en el piso y los labios pegados.

—¿Estás bien? ¿Te pasó algo?

Sonia no pudo aguantar más y, sollozando, decidió contarle todo.

—¿¡Qué!?! —exclamó Ricky abriendo sus ojos de abeja—, ¿quiénes fueron los rufianes que te han tratado así?

—Pues... pues... ¡los abejaorros!

—¿Abejaorros?, ¿cuáles abejaorros?

—Los que siempre vuelan cerca del campo de las amapolas —aseguró Sonia con el rostro decaído—. Ellos me dijeron que era una abeja demasiado fea, que ni siquiera debería salir del panal.

—¿Eso dijeron? ¡Ya verán esos mequetrefes!

Ricky tomó la mano de Sonia y fueron juntos a ver a los rufianes que habían hecho llorar a la pequeña Sonia. Cuando llegaron los encontraron bañados de lodo y llenos del olor más apestoso que Sonia había olfateado jamás.

—¿¡Eh!?!... ¿qué pasó aquí? —preguntó Ricky.

—Fueron las avispas —respondió uno de los abejorros con molestia y sin poder moverse con libertad a causa del lodo.

—Ahhh... jajaja... jejeje... jujuju —empezó a reír Ricky sin ningún control—, bien merecido se lo tenían... jijiji... jujuju. ¿Qué te parece Sonia?

Pero ella ya no estaba junto a Ricky. La pequeña abejita voló con urgencia hasta encontrar un poco de agua, la acumuló en una hoja y la llevó hasta donde estaban los malvados abejorros.

Cuando llegó, tomó algunas gotas y lavó las alas de cada uno para que al menos pudieran volver a volar.

—¡Ya está! —exclamó Sonia cuando terminó de lavarles las alas a todos—. Ahora podrán volar para ir a bañarse y quitarse ese apestoso olor.

Ellos no pudieron decir nada. Se

miraban unos a otros haciendo muecas, humillados y arrepentidos por haber maltratado a Sonia. El último de los abejorros, antes de volar, regresó la mirada a Sonia, y aunque no pudo decir nada, con su expresión parecía darle las gracias, o quizás le pedía perdón.

—¡Sonia!... —prorrumpió Ricky—, ¿por qué decidiste hacer esto?, ¿no fueron ellos los que te humillaron?

—¡Así es! —respondió la abejita dibujando una gran sonrisa en su rostro—, pero suficiente castigo y humillación tuvieron cuando las avispas les llenaron de ese repugnante lodo. ¡Vamos Ricky! Creo que todos aprendimos buenas lecciones hoy.

—¡Vamos! —respondió Ricky, pensando que hay muchos malandrines como los abejorros y las avispas, pero pocos seres compasivos como Sonia.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Cuál fue la lección que aprendieron los abejorros?
- » ¿Cuál fue la lección para Ricky?
- » ¿Qué piensas del ejemplo de Sonia, la abejita?

EL JARDÍN DESTRUIDO

Complicidad vs. Transparencia



Al contrario, sean bondadosos entre ustedes, sean compasivos y perdónense las faltas los unos a los otros, de la misma manera que Dios los perdonó a ustedes por medio de Cristo.

Efesios 4:32

Susana, la maestra de Samantha, tuvo una idea genial: fabricó un jardín para que los alumnos pudieran aprender a sembrar todo tipo de plantas.

Les enseñó a cortar las hojas secas, limpiaba el resto de la planta con agua y luego rociaba un líquido especial para deshacerse de los bichos.

—¡Aprendan esto, niños! —decía moviendo sus manos de forma muy peculiar.

¡Cortar, limpiar, rociar!...

¡Cortar, limpiar, rociar!...

... ahí está el secreto para que sus plantas crezcan bellas.

Carlos era un niño travieso que no podía estar quieto, aunque esa mañana se pasó de la raya. Entró al jardín y empezó a arrancar las plantas y deshojarlas por completo.

Samantha era la niña más callada del salón, sin embargo, cuando miró a Carlos destrozar las plantas del jardín, sabía que tenía que contarlo. Se tomó las trenzas con ambas manos, miró a todos lados, y salió corriendo para buscar a su maestra, pero cuando la tuvo al frente le dio tanto miedo que no le pudo decir nada.

Cuando Susana se dio cuenta de lo sucedido con las plantas fue directo al salón para interrogar a los alumnos.

—¿Quién pudo haber hecho semejante maldad?, ¡declárelo ahora! —reclamó la maestra con autoridad.

A Carlos parecía no importarle nada, se desparramó sobre su asiento y empezó a jugar con las uñas. Estaba nervioso, pero trataba de que nadie lo note.

La pequeña Samantha sentía su corazón acelerado, ella sabía quién había sido el destructor, pero le daba mucho miedo hablar. Finalmente agachó su cabeza y cerrando los ojos levantó la mano.

—¿¡Samantha!?, ¡no puede ser!, ¿fui-
te tú? Vamos de inmediato a la oficina de la directora.

Una vez allí, las palabras de la directora, la maestra y el inspector, empezaron a abrumar a la niña.

—¿Cómo puede ser esto, Samantha?
—interrogó la directora—, no puedo creer que hayas sido tú.

—Esto es grave —dijo el inspector maliciosamente—. Debemos llamar a sus padres.

Samantha estaba aturdida entre tanta acusación que no pudo más. Apretó sus manos sudadas, infló su pecho con todo el aire que pudo y gritó.

—¡No fui yoooooo!

Todos se callaron de golpe y se quedaron mirando a Samantha con la boca abierta. Al fin su maestra tomó la iniciativa y se acercó para hablar con ella.

—Samantha, ¿por qué no lo dijiste antes?

—Tenía miedo —contestó la pequeña.

—Pero... ¿por qué levantaste la mano?

—preguntó Susana.

—Es que... ¡yo sé quién fue! —respondió la niña aliviada de que por fin fue escuchada.

Samantha terminó contándole todo. Contó sobre Carlos y de cómo él había sido el que maltrató todas las plantas. Entonces la directora y el inspector fueron en busca del verdadero culpable.

Mientras tanto Susana se inclinó a la altura de Samantha que todavía estaba temblando.

—Lo hiciste bien Samantha, estoy orgullosa de ti. Aunque te costó mucho pudiste vencer el miedo de hablar.

—No quería delatar a Carlos, eso no se le hace a un amigo —respondió Samantha.

—Para ayudar a un amigo siempre es mejor hablar —dijo la maestra sabiamente—, si no hubieras dicho nada no podríamos ayudar a Carlos para que no vuelva a hacer cosas como estas.

—Maestra Susana —interrogó la niña—, ¿por qué Carlos hizo semejante cosa? No entiendo por qué alguien querría destruir tan lindas plantas.

—No es fácil de explicar —dijo Susana—. A veces las personas somos como aquellas plantas. Si alguien nos maltrató o nos descuidó, guardamos un dolor en el corazón que tarde o temprano hace que también lastimemos a otros. ¿Me entiendes Samantha?

—¡Mmm!, creo que sí —dijo la pequeña niña—, las personas son como las plantas, puedes cuidarlas o maltratarlas.

—¡Exacto! —exclamó Susana—. Al final tendrás un hermoso jardín o un desecho desfile de hojas y pétalos rotos.

La maestra memorizó la frase que escuchó de Samantha: "las personas son como las plantas, puedes cuidarlas o maltratarlas". Y desde ahora enseñaba eso a sus alumnos.

Samantha aprendió que no se puede cortar a las personas, ni rociarlas con ningún desinfectante, ni limpiarlas con agua. Pero sí puedes cortar sus actitudes, desinfectar sus heridas y limpiar sus corazones.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Conoces niños o niñas que se comporten como Carlos?
- » ¿Entiendes lo que el maltrato puede hacer en los niños?
- » ¿Qué debes hacer si encuentras a alguien maltratando a otra persona?



MONTAÑAS MOVEDIZAS

fe vs. incredulidad

Sin fe es imposible agradar a Dios.
El que quiera acercarse a Dios
debe creer que existe y que premia
a los que sinceramente lo buscan.

Hebreos 11:6

Este es el planeta de la fe. Un mundo de montañas que se mueven, de árboles que se desplantan de la tierra y se vuelven a plantar en el mar. Un lugar donde aquellos que tienen fe, pueden caminar sobre el agua o controlar una tempestad. Un universo donde solo hace falta creer, y lo que digas sucederá.

—¡Levántate, vamos! —dijo un sabio maestro a su aprendiz temprano en la mañana—, tenemos que salir. Hoy es un gran día y tienes una importante lección que aprender.

El aprendiz ya estaba acostumbrado a estos arranques de su maestro pues usaba casi cualquier cosa para instruirle, así que, ambos emprendieron

el viaje por un sendero que parecía nunca haber sido transitado.

Camminaron por horas, hasta que llegaron a las faldas de dos montañas descomunales que no les permitían seguir más allá.

—Maestro —exclamó el alumno—, ¿qué haremos? ¡No podremos seguir adelante! Tendremos que tomar otro camino y rodear las montañas. Eso nos tomará un día extra o dos.

—¡Ten paz! —respondió el sabio—, no todo lo que miras es permanente. Las montañas se moverán.

—¿De qué está hablando? —dijo extrañado el estudiante—, las montañas son monumentales y estarán allí sin moverse.

—Espera un poco —susurró el maestro—, ya verás.

Levantando su voz se dirigió con calidez a la montaña más grande.

—¡Gran trozo de tierra, demando que te muevas de donde estás y nos dejes pasar!

Luego de unos segundos, por debajo de sus pies se escuchó un estruendo:

¡ ¡ ¡BRUMM! ! !

Poco a poco se desprendieron los cimientos de la enorme roca y como si tuviera pies empezó a moverse pausadamente apartándose del camino de los viajeros. Esto era algo que el alumno jamás había visto. Era como si la montaña hubiera tomado vida, le hubieran salido piernas y agarrando sus anchas faldas decidiera moverse a las órdenes del ingenioso instructor.

—Maestro —indagó el aprendiz—, ¿cómo es esto posible?

—Todo es posible para el que cree —respondió el anciano con sabiduría—. Ahora debes hacerlo tú. Aún hay una montaña más que debe ser retirada.

El alumno dudó por algunos

segundos, pero como siempre su maestro había tenido razón en todo, decidió obedecer.

—Gran trozo de tierra, demando que te muevas de donde estás y nos dejes pasar —dijo el joven sin conseguir nada.

—Enorme montaña... ¡muévete como araña!

—Gran maza de roca y arena... ¡vete por la vereda!

—Monte desobediente... ¡aparta tu saliente!

—Cerro desolado... ¡hazte a un lado!

Nada funcionaba para el inexperto muchacho.

—Maestro, esto es algo que no puedo aprender. Hágalo usted mismo esta vez.

—Lo siento muchacho —contestó el anciano—, esta montaña no es la mía, es la tuya. Si no haces tu parte

tendremos que dar la vuelta por días.

El discípulo se tomó algunos segundos, cerró sus ojos para concentrarse, y lleno de nervios intentó encontrar algo de fe en su corazón. Abrió los ojos con pausa, miró fijamente a la montaña y llenando sus pulmones de aire sintió que ya estaba listo. Su voz fue cambiando de una temblorosa orden a una voz de autoridad.

—Majestuosa montaña... yo sé... sé que puedes oírme... necesitamos pasar y no podemos contigo en el medio... te pido, te ruego, ¡te ordeno!, levántate y déjanos pasar.

¡ ¡ ¡BRUMM! ! !

Otra vez el estruendo salió desde el fondo de la tierra. El collado entero levantó sus faldas y se movió hacia un lado dejándoles el camino libre para seguir. El alumno todavía seguía atónito luego de ver a la montaña moverse a sus órdenes, y mientras seguía el paso de su maestro le preguntaba:

—Maestro mío, ¿cómo fue posible?
No funcionó las otras veces, ¿por qué
funcionó la última vez?

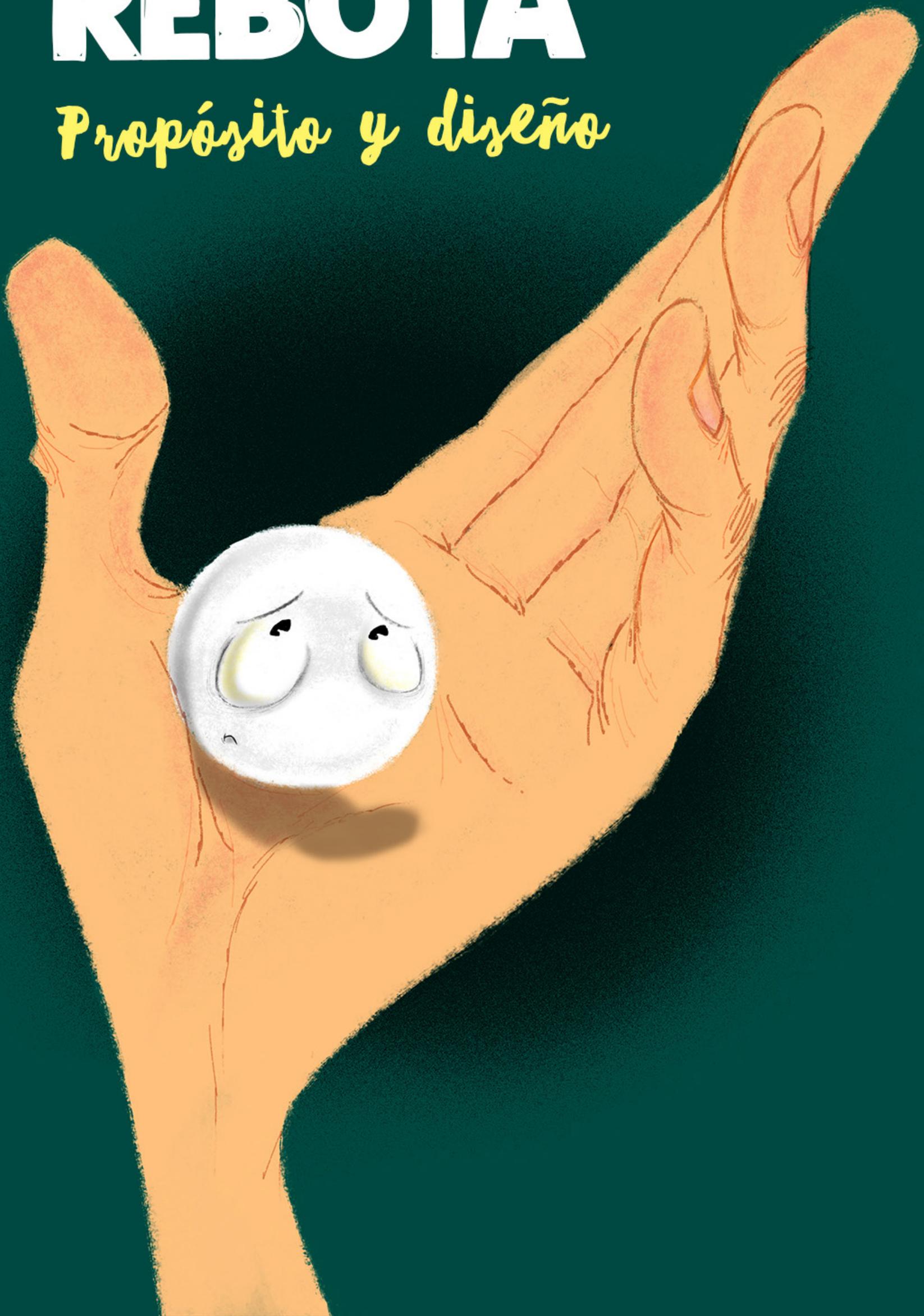
—Esta ocasión fue diferente, las mon-
tañas escuchan la voz de fe que pro-
viene de un corazón sincero.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué es la fe?
- » ¿Qué representan las mon-
tañas?
- » ¿Cuál debería ser nuestra
actitud frente a cualquier
barrera que nos impide se-
guir adelante?

LA PELOTA QUE NO REBOTA

Propósito y diseño



Es lo que Dios,
desde la eternidad,
había planeado hacer
por medio de Cristo Jesús,
nuestro Señor.

Efesios 3:11

Una pequeña pelota blanca, no más grande que un dedo pulgar, había esperado mucho tiempo para que alguien quisiera jugar con ella, pero en ninguna de las canchas le invitaban a jugar.

Se puso junto a una formidable pelota color naranja esperando que le tomaran en cuenta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó aquella pelota—, tú no perteneces a este lugar.

—¿A qué te refieres? —respondió la pelotita blanca—, soy una pelota, ¿cierto?

—¡Ja, ja!, eres demasiado pequeña y no puedes rebotar lo suficiente para

este juego. Debes irte, nadie te tomará en cuenta.

En efecto, llegó uno de esos altos jugadores con camisa sin mangas y shorts grandísimos, tomó la pelota naranja y la empezó a tirar contra un tablero suspendido en el aire.

—¡Boom, boom, boom! —vociferaba la bola naranja dando botes contra el suelo—, ¡boom, boom, boom!

Cuando alguien intentó botear la pequeña pelota blanca se escuchó un ¡crash!, y ya no pudo rebotar más.

—¡Ups! —dijo la pelotita—, creo que no fui hecha para esto, buscaré otro lugar.

Rodando y rodando por muchos caminos se encontró con una cancha gigantesca toda verde, llena de duros balones en blanco y negro. Muchos jugadores vestidos de camisetas coloridas empezaron a patear aquellos balones tiesos de un lado al otro de la cancha gigante.

—¡Paf, paf, paf! —gritaban los balones en cada patada—, ¡paf, paf, paf!

La pequeña bola blanca se lanzó a la cancha junto con todos los balones esféricos decidida a ser pateada como los otros. Los fortachones jugadores se movían de un lado a otro y pateaban todos los balones para calentar los músculos.

Uno de ellos miró a la diminuta y la pateó muy fuerte para probar cuán lejos llegaba.

—¡Poc! —dijo la bolita blanca luego de aquel puntapié.

—¡Bah! —se quejó el fornido jugador—, no sirves para esto. No sé qué haces aquí. Lo mejor es que desaparezcas pelota inútil, antes de que alguien te haga daño.

Una lágrima cayó de los ojos de la pobre pelotita.

Mientras deambulaba por cualquier lugar encontró un letrero gigante que

decía: “Hoy, aquí, el mejor lanzador de todos los tiempos, experto en bolas curvas y rectas”.

—Esta es mi oportunidad —pensó la esferita blanca—, iré allí para que ese jugador me arroje tan lejos como pueda.

Y así lo hizo. Esta vez se colocó junto a un grupo de pelotas más pequeñas, aunque todavía medían mucho más que ella, pero al menos no eran gigantes como las pelotas naranjas o las blanco y negro.

El deportista llegó con su uniforme bien ajustado, medias sobre los pantalones y camisa con mangas semilargas. Tomó a la pequeña, se acomodó la gorra bromeando con sus compañeros mientras un jugador con un grueso bate le seguía el juego acomodándose para batear.

—¡Fuuunnn! —alardeó la bolita blanca al ser echada por los aires, pero como era de esperarse, no llegó ni siquiera a

la mitad del camino, el viento la llevó con facilidad hacia un costado y luego cayó al suelo sin que pueda ser bateada.

—¡Jajajajajaja! —carcajearon todos los jugadores—, saquen de aquí esa pelota y vamos a jugar en serio.

La pobre pelotilla blanca se rindió. Decidió nunca más volver a intentar jugar con nadie y se ocultó en una esquina olvidada de aquel estadio. Por la noche el conserje que hacía la limpieza la encontró y la llevó a otro lugar. A la pobrecilla ya no le importaba lo que hicieran con ella, así que se dejó cargar a donde fuera.

—Seguro me echarán a cualquier basurero —gimoteó triste la pequeña pelota blanca—, ya entendí que no sirvo para ningún propósito.

Pasaron los días y las semanas tirada en una esquina, y nadie la tomaba en cuenta.

En el momento menos pensado, se

acercó un hombre de corta estatura y ojos alargados, como si estuvieran cerrados. Tomó la pelota, le quitó todo el polvo que le había caído encima y la llevó consigo.

Juntos entraron a un salón lleno de mesas con ruedas y una corta red en la mitad. El hombre sacó una raqueta redondeada, calculó con precisión su movimiento y lanzó la bola al aire para luego golpearla con la raqueta.

Del otro lado esperaba otro hombre con una raqueta similar.

—¡Ping, pong! ¡Ping, pong! —daba felices alaridos la pelotica blanca cuando golpeaba contra la mesa y luego la raqueta—, ¡ping, pong!, ¡ping, pong!

Hacer todo con empeño te llevará al éxito,

Pero cada cosa en su diseño cumplirá su propósito.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Para qué fue diseñado el ser humano?
- » ¿Cuál es fue el propósito de Dios para haberte creado?

SINGULAR SINFONIA

Alabanza



Alábenlo con sonido de trompeta,
alábenlo con el arpa y la lira.
Alábenlo con pandero y danza,
alábenlo con cuerdas y flautas.
Alábenlo con címbalos sonoros,
alábenlo con címbalos resonantes.
¡Todo lo que respira alabe al SEÑOR!
¡Aleluya! ¡Alabado sea el SEÑOR!

Salmos 150:3-6

—Papá, ¿qué sonido hacen los elefantes? —preguntó Samuel—.

—Pues... ese sonido es un barrito —respondió su papá.

—¡Ah!... ¿Es como un barro pequeñito?

—¡Jaja!, no Samuel, se llama barrito o grito.

—Pero los elefantes no gritan papá, hacen ese sonido extraño con sus trompas.

—Sí, claro. Me refiero a que los elefantes barritan, o como tú dices, hacen ese sonido con sus trompas.

La conversación de Samuel con su padre duró algunos minutos antes de que el niño lograra dormirse.

—Imagina Samuel —decía su padre—, ¿cómo sería una orquesta hecha por animales? Los grillos tocarían el violín, los monos que andan golpeando todo con sus manos tocarían los tambores, los ruiseñores cantarían...

—Papá, ¿y los elefantes?, ¿qué instrumentos tocarían los elefantes?

—¡Mmm!... ¿los elefantes?... supongo que ellos tocarían la trompeta.

Esa noche Samuel durmió pensando en los animales y sus sonidos. Los violines, los tambores y las trompetas. Y se puso a soñar.

—Vamos Dante —dijo el águila real que dirigía la orquesta—, por ser un elefante eres perfecto para tocar la trompeta.

—Es que mi fuerte no es la música —se justificó Dante.

—No puedes decir eso, seguro podrás tocar algo bien. Tan solo debes tomar esa gorda trompa que tienes y hacer que suene con la música. ¿Por qué no lo intentas al menos?

—Está bien —dijo a regañadientes el elefante—. Dime cuando debo entrar.

—¡Hazlo a mi señal! —dijo el águila abriendo las alas y levantando una rama en forma de varita para empezar la dirección de la orquesta de los animales.

En el sueño de Samuel los animales estaban bien vestidos. Con trajes negros y corbatines. Samuel soñaba con los trajes que alguna vez vistieron sus papás cuando salieron juntos a una cena elegante. Así se vestían los animales de su sueño.

Y empezó el sonido fino de los violines a cargo de los grillos, y poco a poco se les unieron los monos chocando con suavidad unos platillos. El pavorreal desplegó sus coloridas

plumas y moviendo cada una de ellas provocaba un sonido de arpa. También los ruiseñores piaban un canto sutil y tranquilo.

—Ahora elefante —dijo el águila señalando al abultado paquidermo—, es tu momento de entrar con la trompeta.

Dante levantó su trompa y sopló con todas sus fuerzas.

—¡Truuuuu!, ¡traaalalaaaaa! ¡frun!
¡fraaaaasss! ¡furun! ¡fruuunnn!

El elefante alborotó el lugar con un estruendo terrible y todos se taparon las orejas al mismo tiempo.

Luego de un silencio incómodo, todos abrieron los ojos y se miraron unos a otros preguntándose cómo era posible que un animal con tal trompa no pudiera hacerla sonar como una trompeta.

—¡Te lo dije! —afirmó Dante, el elefante—, yo no fui hecho para esto de la música.

Y nadie más se lo discutió. Dejaron ir a Dante, pues, al fin y al cabo, era mejor tenerlo lejos que dentro de la orquesta de los animales.

Cuando terminaron el ensayo, todos se felicitaron por un gran ensayo. Menos el águila que meneaba su cabeza con descontento.

—Hay algo que nos hace falta —dijo.

—Claro —chilló el mono impertinente hinchando los labios para imitar al elefante—, nos hace falta una gran trompa de elefante.

—¡Jo!, ¡jo!, ¡jo! —rio discretamente el pavorreal—, con semejante trompa y no puede tocar la trompeta... ¡jo jo jo!

Todos los animales reían, chillaban, balaban, mugían y hacían toda clase de sonidos mordaces. Era una verdadera selva de burlas.

Pero el águila aún no estaba conforme. Así que voló hasta la copa de su

árbol favorito donde le gustaba ponerse a pensar.

—¿Qué le hace falta a esta orquesta?, ¿qué le hace falta?, qué... qué... ¿qué es eso que suena por ahí?

Dijo eso por un sonido exquisito a lo lejos. No sabía de donde venía, pero sabía que eso era lo que le hacía falta a la orquesta. Voló y voló hasta llegar al lago, donde el sonido era más fuerte.

El ave tuvo que abrir bien sus ágiles y alargados ojos. No podía creer lo que estaba viendo. Era Dante. Tan melancólico estaba que se había sentado en las orillas del lago para gemir con su trompa, sin darse cuenta que con toda la nostalgia que tenía, había conseguido entonar un sonido mucho más difícil que el de una trompeta. Era un saxofón.

—Truuuu... trululuuuu... triluliiii... tarariiiii... —sonaba la trompa de Dante con sonidos de saxofón.

Para cuando Dante se dio cuenta que lo miraban, ya todos los animales habían llegado allí, como si el canto del saxofón los hubiera llamado. Algunos solo sonreían, otros secaban un par de lágrimas y unos pocos aplaudían.

—No entiendo —exclamó Dante—, yo estaba solo. Me aseguré de que nadie escuchara mi lamento.

—Solo puedo decirte una cosa amigo elefante —aseveró el águila—, cuando tocas con tal sentimiento, toda la naturaleza te escucha y el cielo mismo sonríe al oírte silbar como un saxofón.

A la mañana siguiente...

—¡Papá!, ¡papá! —vociferó Samuel mientras corría a la habitación de su padre—, ya sé que instrumento tocan los elefantes. ¡Definitivamente un saxofón!

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué significa alabar a Dios?
- » ¿Cómo se alaba con los instrumentos?
- » ¿De qué otras maneras se puede alabar a Dios?

LA VASIJA DE BARRO

ser escogidos por Dios



Deliberadamente Dios
ha escogido a los que el mundo
considera tontos y débiles,
para avergonzar a los que el mundo
considera sabios y fuertes.

1 Corintios 1:27

Esta historia inicia con un altercado en casa del alfarero. Un frasco de vidrio reluciente y un florero de fina cerámica debatían sobre quién era el más necesario.

—¡Qué bueno es poder servir al alfarero! —aseguró con petulancia el frasco de vidrio—, puedo almacenar perfume o aceite. El alfarero me necesita más que a ninguno de ustedes.

—¡Te equivocas! —interrumpió el florero engreído—. La decoración es más importante. El alfarero siempre trae flores recién cortadas y yo le ayudo a esparcir su delicioso aroma.

Mientras eso pasaba, una desteñida vasija de barro cocido arrugaba el

entrecejo sin comprender el motivo de tal discusión.

—Creo que cada uno sirve para un propósito diferente —reclamó la vasija que escuchaba los comentarios despectivos—. Ninguno es mejor que otro.

—¡Claro! —habló haciendo muecas el frasquito de vidrio—, lo dice el feo artefacto de barro. Obvio que para ti ninguno es mejor que otro, pero yo veo con mucha claridad la diferencia entre tú y yo.

—¡Exacto! —afirmó el florero apoyando a su compañero—, aquí el frasco y yo somos necesarios. Traemos aromados perfumes y decoramos el lugar con flores. En cambio, el barro es el más insignificante de todos los materiales. Con razón el alfarero siempre te pone debajo de la mesa.

—¡Eh!, bueno —continuó el frasco de vidrio riendo descontroladamente—, a veces también te usa para recoger el agua de las goteras cuando llueve,

¡JAJAJA!

—¡JEJE!, y también para sostener la puerta —siguió burlándose el florero.

Un debate similar sucedía cada mañana y cada tarde en el taller del alfarero. La pobre vasija de barro ya estaba harta, pero no podía hacer mucho. Los argumentos del florero y del frasco de vidrio eran muy buenos y parecían ser bastante ciertos.

Pero como suele ser el destino, las cosas siempre dan un giro cuando uno menos lo espera.

Esa noche, el alfarero terminó su trabajo y se dispuso a dormir. Apagó la última vela que estaba prendida y cerró todas las puertas de su taller para poder descansar.

Y como es conocido, los ladrones no respetan las canas de los ancianos, ni las casas pobres. Por la ventana del taller de aquel buen artesano, se trepó un bellaco ladronzuelo. Alocado,

buscaba por todos lados algo de valor para llevarse consigo.

Miró el frasco de vidrio con un poco de perfume. Lo tomó, percibió el aroma y luego lanzó el frasco al suelo...

¡CRASH!

El pobrecillo frasco se despedazó por completo.

Luego, tomó el florero. Pensó que podría llevárselo para venderlo, pero era demasiado pesado. Molesto, le sacó todas las flores y luego...

¡PRUM!

Se partió el florero en unas cuantas partes.

Cuando quiso salir corriendo, el ladrón se tropezó con la vasija de barro que sostenía la puerta. Tan enojado estaba por aquel tropiezo que lanzó un puntapié...

¡SCRICHHH!

Se rompió la vasija en mil pedazos.

Por la mañana, cuando el alfarero se dio cuenta de lo sucedido en su taller, fue vigilando parte por parte para evaluar lo que se había robado el intruso. Miró el frasco de vidrio, tomó sus cristales y los echó a la basura. Tomó los pedazos del florero, y vio que sería imposible repararlo para que quedase igual, así que los tiró también.

Finalmente miró la vasija de barro. Se agachó con delicadeza y recogió cada uno de sus pedazos rotos, los puso en su máquina y empezó a calentar todo de nuevo. Puso más barro y un poco de agua. Luego más barro y aún más agua.

Le tomó un día entero para darle forma otra vez, y lo logró. Cuando el barro se secó, la vasija estuvo de nuevo en el estante y el alfarero la llenó de harina. Era la cantidad para comer por todo un mes.

Así, los restos del ostentoso florero y el soberbio frasquito de vidrio fueron echados a la basura, inútiles e inservibles, mientras que el barro pudo dar forma a una vasija nueva una vez más.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué significa ser escogido por Dios?
- » ¿Cuáles son los méritos que Dios busca?

LA FRÁGIL Y FUERTE MARIPOSA

Fuerza vs. Debilidad



Me ha respondido:
«Debe bastarte mi amor.
Mi poder se manifiesta más
cuando la gente es débil».

2 Corintios 12:9

El bosque era un hermoso lugar para vivir. La flor silvestre sonreía a todos con afecto, las hierbas cantaban a una sola voz contentas de estar vivas, y una alegre oruga buscaba un lugar para colgarse y volverse una crisálida.

Pero había una roca, que había caído de la cima de la montaña hacía poco, a la que le gustaba fanfarronear y eso cambiaba el ánimo de todos.

—Soy una roca dura y resistente. Nadie es más fuerte que yo. Miren todos a esa pobre flor, tan débil que hasta las gotas de lluvia la pueden deshojar. Miren aquellas briznas de hierba, con solo una pisada son aplastadas y mueren. ¡Jajaja! Nadie es más fuerte que yo.

En efecto, cuando caían las tormentas nocturnas, la flor amanecía toda pálida y agotada por intentar resistir la tormenta; y cuando los turistas se recostaban en los prados, las pobres hierbas quedaban desechas.

Todos terminaban dándole la razón a la fuerte roca.

En la rama de un modesto árbol, la oruga encontró el lugar adecuado para colgarse y al pasar los días la bolsa se rompió y en unos cuantos minutos, luego de mucho esfuerzo, salió la magnífica figura de una mariposa.

Alas de color azul intenso, con detalles negruzcos en los filos, y unos ojuelos en medio de sus alas que parecían mirar a todos alrededor.

La naciente mariposa estaba tan emocionada por su nueva apariencia que volaba por todos lados para lucir sus alas y perturbó el sueño de la roca.

—¡Hummm! —dijo la roca tratando de despertar—, ¿has venido a presumir

tus alas azules? ¡Qué ridiculez! Cuando eras oruga eras más fuerte de lo que eres ahora. No he visto alguien más frágil y débil que tú. Tus alas serán lo primero es despedazarse. ¡Jaja-ja!

—No vine a decirte nada —replicó la mariposa—, no puedo creer que alguien sea tan malvado como tú.

Y llegaron hasta aquel lugar otra vez los turistas. Le sacaban fotos a la mariposa, que con dificultad trataba de volar más alto que ellos para que no la atrapasen. Más tarde cayó la lluvia y la pobre mariposa iba de un lado a otro esquivando las pesadas gotas de agua que caían desde el cielo.

—¡Es verdad! —pensó la mariposa entristecida—, las palabras de esa piedra presumida son ciertas, somos demasiado débiles y nos conviene tener a alguien tan fuerte como aquella roca de nuestro lado. Iré mañana para decirle que tenía razón en todo.

A la mañana siguiente, voló afligida para decirle que tenía la razón. Cuando logró posarse sobre la roca, de súbito, un estruendo llamó la atención de todos.

¡PROMMMM! ¡PRUMMMM! ¡PRAGGGG!

Otro peñasco se desprendió de la montaña y cayó sin previo aviso sobre la roca que se jactaba de ser la más fuerte. La pobre roca se partió por la mitad. La mariposa levantó el vuelo torpemente huyendo de aquella avalancha, y cuando la polvareda se disipó, una voz salió de en medio del polvo.

—Lo siento —dijo atontado el peñasco que había caído—, no pensé que la caída sería tan fuerte.

Nadie respondió. Todos estaban asombrados por lo que había ocurrido. La roca fanfarrona que antes destacaba su fuerza, se había partido en dos y ya no se escuchaba su voz acusando a todos de ser tan débiles.

La mariposa aún luchaba por deshacerse del polvo que se había levantado y no se dio cuenta de lo sucedido.

—¡Kof, kof! —carraspeó la mariposa—, ¡kof!, he venido, ¡kof!, a decirte que tienes razón, ¡kof!, que eres el ser más fuerte que conozco.

—¿De qué hablas? —preguntó el peñasco que había caído—, yo no soy quien tú piensas. Apenas he caído en este momento.

Entonces le explicaron todo a la pobre mariposa que trataba de entender lo sucedido.

—Así que, la roca que se jactaba de ser la más fuerte —exclamó la mariposa llena de asombro—, ¿quedó partida en dos?

—Exactamente —contestó la nueva roca—, y debo decirles que yo miraba todo desde arriba. Vi una flor que se mantuvo firme a pesar de la lluvia. Vi una pequeña hierba que se puso de pie nuevamente luego del maltrato de

los turistas. Vi un insecto que resistió los cambios de ser oruga, luego crisálida y más tarde mariposa, y que, a pesar de la fragilidad de sus alas, puede levantarse y volar con gracia para embellecer al mundo.

Así termina la historia, con seres pequeños y frágiles que resultaron ser muy fuertes, y uno que se creía el más fuerte y terminó siendo el más débil.

Es que la verdadera fuerza no está en los brazos o en un cuerpo fornido, sino por dentro, en el espíritu.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Te has sentido débil en ocasiones?
- » ¿Cómo ves a Dios? ¿Es fuerte o débil?



BUENA IDEA, MALA IDEA

Mentira vs. Solidaridad

Para mí no hay mayor alegría
que la de oír que mis hijos
viven de acuerdo con la verdad.

3 Juan 4

Jorge y Elena se hicieron amigos desde muy pequeños, iban a la escuela juntos y se ayudaban con las tareas. Como eran vecinos, no había día en que sus padres no les encontrasen conversando a las puertas de la casa de cualquiera de los dos.

Elena era una niña muy correcta, le gustaba hacer todo bien y que nadie tuviera nada malo que decir de ella. Jorge era un niño lleno de ideas, algunas un poco traviesas.

Cada vez que a Jorge se le ocurría algo, llevaba sus dedos hasta su frente y fingía sacar una idea de su cabeza.

—¡Tengo una idea! —repetía Jorge con su pícaro sonrisa.

A lo que Elena siempre respondía:

—¡Ay, Jorge, Jorge!, siempre con tus ideas.

Esa mañana, mientras esperaban sentados en una banca que llegase el autobús para ir a la escuela, Jorgito decidió contarle algo a su amiga.

—¿Puedo contarte un secreto? —dijo Jorgito a Elena.

—Claro... dime —respondió Elena con la cabeza erguida como siempre.

—Debes prometer que no contarás nada de lo que diga.

—¡Jorge! —dijo Elena poniendo sus manos en la cintura—, sabes bien que no soy una chismosa.

—Está bien... te lo contaré. Nunca he aprendido a nadar.

—¿¡Qué!?! —exclamó Elena—. ¡No es posible!, hoy inician las pruebas de natación y tú dijiste que sabías nadar muy bien.

—Tuve que decirle eso al maestro

—dijo Jorge lamentándose—, me daba mucha vergüenza que supieran que un niño de ocho años no sabe nadar.

—Pues no te queda mucho por hacer —insinuó Elena—, seguro se van a dar cuenta.

—No si tú me ayudas —dijo Jorge llevando sus dedos hasta la frente para sacar algo de su imaginación—. ¡Tengo una idea!

—¡Ay, Jorge, Jorge!, siempre con tus ideas. ¿Qué estás pensando hacer esta vez?

Normalmente Elena no se involucraba en las locuras que Jorge le proponía, pero esta vez se trataba de algo diferente, ella no quería que su amigo fuera avergonzado cuando se enterasen de que no sabía nadar. Por eso decidió ayudarlo.

Cuando empezaron las pruebas de natación el profesor empezó a convocar a los niños uno por uno. Todos se lanzaban a la piscina y trataban de

dar brazadas. Unos lo hacían mejor que otros y el maestro apuntaba en su libreta para escoger a los mejores.

—¡Jorgeeee, Jorgeeee! —llamaba el profesor sin obtener una respuesta—, ¿dónde se habrá metido este muchacho?

—¡No vino! —interrumpió Elena—, está enfermo.

Mientras Elena cubría a su amigo, él se escondía en un baño esperando que nadie lo note. La niña pensó que eso sería todo, así que, nerviosa y todo, se dio la vuelta y empezó a alejarse hasta que escuchó la voz del profesor interrogándole.

—¡Espera, Elena! —gritó el maestro—, dime... ¿de qué ha enfermado Jorge?

Elena no estaba preparada para esa pregunta así que dijo lo primero que vino a su mente.

—¡Eh!... ¡mmm!... ¡eh!... no sé, pero es muy grave.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó el profesor mientras Elena sudaba por los nervios.

—Pues... ¡porque lo han llevado al hospital!

—¿¡Al hospital!?

—Si... con ambulancia y todo —afirmó Elena intentando que el profesor le creyera su mentira.

—¡Oh, entiendo!... bueno, sigamos con las pruebas. ¡Siguiente!

Al final del día, justo como habían planeado, los dos amigos se encontraron y fueron juntos a casa. Bajaron del autobús escolar y caminaron hasta su casa riendo por la hazaña que ambos habían urdido.

—No puedo imaginar cómo te habrás puesto de nerviosa cuando le mentiste al profesor —repetía Jorge emocionado.

—Me quedé como estatua —respondió Elena.

En eso, Elena se detuvo en seco quedándose paralizada.

—¡Caray! Qué bien lo haces aún ahora —felicitó Jorge la actuación de Elena.

Pero ella no se movió, estaba realmente petrificada al ver al preocupado maestro que había ido a casa de Jorge a preguntar por su alumno enfermo.

Allí fueron vergonzosamente descubiertos.

Al día siguiente los niños se volvieron a ver.

—Elena, mi mamá dice que debo pedirte perdón —susurró Jorge con la cabeza escondida entre los hombros—. No debí pedirte ayuda en esto.

—Tranquilo —respondió Elena haciendo un gesto de resignación con sus labios—, mis papás también me advirtieron que no me vuelva a meter en cosas como estas.

—Supongo que las mentiras no se pueden esconder para siempre, aunque yo esperaba que sí.

—Mi papá dice que sabe dónde empezó todo.

—¡Ooobvio! —interrumpió Jorge—, cuando te propuse una de mis maravillosas ideas.

—¡No! La verdad no. El problema lo ocasionó la primera mentira.

—¿La primera mentira? —dijo Jorge sorprendido.

—¡Exacto!, cuando dijiste que sabías nadar cuando no era cierto. Eso inició este enorme tallerín de problemas.

—¡Tienes razón!... ¡tengo una idea! —dijo Jorge levantando sus cejas como palmeras y su sonrisa pícaro otra vez.

—¡Ay, Jorge, Jorge!, otra vez con tus ideas... ¡qué! ¿no aprendiste nada?

—¡Jaja! ¡tranquila amiga! —exclamó Jorge—, solo te iba a decir que siempre es mejor decir la verdad.

—¡Esa sí es una buena idea! —exclamó Elena poniendo sus manos en su cintura.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Cuáles son las consecuencias de una mentira?
- » ¿Cómo actuarías si tuvieras que “mentir” para ayudar a un amigo?
- » ¿Se debe mentir por razones que parecen buenas?

EL GRAN DÍA

Compartir



El que es generoso, prospera;
el que da a otros,
a sí mismo se enriquece.

Proverbios 11:25

—Mañana será un gran día —exclamó Jairo antes de dormirse—, ocho años no se cumplen todos los días. Espero que papá y mamá hagan un desayuno especial en mi honor, y seguro me darán un regalo sorpresa mientras me llevan a la escuela. Yo fingiré estar sorprendido. Mañana será un gran día.

Así pensaba Jairo antes de cumplir ocho años. Esa noche soñó con los regalos y sorpresas que mamá y papá la harían por su día especial. Pero no sucedió como él pensaba.

—¡Jairooo!, ¡Jairooo! —vociferó su mamá repetidas veces llamándolo a desayunar—, vas a llegar tarde a la escuela si no bajas ahora.

Jairo bajó las escaleras de dos en dos, listo para recibir las felicitaciones por

este gran día, pero nadie le dijo nada. Su mamá le sirvió un desayuno normal y como llegó más tarde de lo habitual ya todos habían comido.

—Debiste bajar antes —reclamó Pablo, su hermano mayor—, quisimos esperarte, pero eres un dormilón. Ahora apresúrate, o me harás llegar tarde también.

Mientras iban a la escuela, su padre le dijo:

—Tengo algo para ti, Jairo.

Jairo abrió los ojos emocionado. —Papá no olvidó mi cumpleaños —pensó.

—Es la cuota para los uniformes deportivos —dijo el papá de Jairo—, la maestra ha pedido esa cuota desde hace semanas y he olvidado enviarla.

Jairo bajó los ojos al piso, se entristeció mucho porque no obtuvo ni una sola felicitación. Entró a la escuela cabizbajo y sin ganas de hablar.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Omar, su mejor amigo—, tienes los ojos brillantes. Si no te conociera diría que estás a punto de llorar.

—Más o menos Omar —respondió—, es que nadie en casa recordó que hoy es mi cumpleaños.

—¿Hoy es tu cumpleaños? ¡Felicidades!

—Sí —dijo Jairo haciendo una mueca con los labios—, gracias amigo.

—Eso pasa a veces —dijo Omar tratando de animar a su amigo—, papá nunca recuerda mi cumpleaños tampoco. Debo llamarle a su trabajo para decirle que es un día especial.

—¡¿Qué?!, no sabía que eso te sucedía. No deberías llamar a tú papá para recordarle tu cumpleaños.

—Al menos eso hace que salga corriendo a comprarme algo. Siempre me regala carritos de juguete. Le he dicho que me gustan los videojuegos, pero se le olvida.

Jairo se mantuvo pensativo toda la mañana, tanto que casi no atendió a las clases. Pensaba en Omar, su mejor amigo, que tenía que llamar a su papá para recordarle su cumpleaños. Eso era muy triste. Pero también pensaba en su familia y se llenaba de cólera porque todos olvidaron su gran día.

De regreso a casa Jairo venía tan callado y molesto que no articulaba palabra alguna. Se mantuvo fruncido y con los brazos cruzados durante todo el camino. Aunque su padre trató de animarlo, no lo logró. Jairo se había resentido.

Cuando llegaron a casa, Jairo se bajó del auto y esperó que su papá entre. Se preparó por unos segundos, llenó de aire sus pulmones y entró con toda la ira que pudo dando un puntapié a la puerta.

—¡Lo olvidaron!, ¡todos lo olvidaron!
—gritó Jairo mirando a su familia.

Cuando Jairo pegó ese grito, todos se sorprendieron. Ni su papá ni su mamá esperaban una reacción como esa. Hasta su hermano Pablo abrió los ojos asombrado: jamás había escuchado gritar así a su pequeño hermano menor.

Aturdido y con la respiración agitada, Jairo miró su casa decorada. Su nombre estaba escrito con letras grandes de cartulina en la pared y le esperaban varios regalos dispuestos en los sillones.

Habían preparado una gran celebración y querían que fuera una sorpresa. Por eso no le habían dicho nada desde la mañana. Decoraron la casa con figuras deportivas y compraron un delicioso pastel que olía a chocolate recién preparado. Hamburguesas y otros bocadillos llenaban la mesa.

—¡Sorpresa! —gritaron todos tímidamente, y hasta un poco asustados por la reacción de Jairo.

—¡Fe... feliz cum... ple... años! —dijo su papá titubeando.

Todos permanecieron en silencio hasta que una risotada se escuchó en medio de todo.

—¡Jajaja!, ¡jajajajajaja! —carcajeaba Pablo—, ¿pensaste que lo olvidamos?, ¡jajaja!

Poco a poco las miradas de todos se encontraban y cada uno empezaba a reír sin parar. Unos reían por las palabras de Pablo, otros por el arretrato de Jairo. Y el mismo Jairo empezó a reírse contagiado de las risotadas de todos.

—Toma, hijo ¡felicidades! —dijo su padre entregándole una caja envuelta en papel de regalo—, ¡jamás olvidaríamos tu cumpleaños!

—Toma, este es el mío —aseguró Pablo—, como hermano mayor tengo derecho a regalarte algo que antes me perteneció a mí. Es mi colección de tarjetas de los equipos de fútbol. Ahora empezaré una colección nueva y es justo que te entregue la anterior.

Más tarde, la madre de Jairo lo acompañó hasta su habitación para darle un beso antes de dormir.

—Mamá —preguntó Jairo—, ¿crees que puedo regalar algunos de mis videojuegos?

—¿A qué te refieres, hijo?

—Pues, es que tengo un amigo al que le gustan los videojuegos y hoy, al recibir el regalo de Pablo, he aprendido que a veces las cosas que tenemos pueden ayudar a otros a sentirse mejor.

—Hijo mío, las historietas son tuyas, puedes hacer con ellas lo que quieras. Pero me parece maravilloso lo que has decidido hacer.

—Gracias Ma. Estoy seguro de que mañana será un gran día para Omar.

DIALOGA CON TUS HIJOS.

- » ¿Qué piensas de la decisión de Jairo?
- » ¿Conoces un niño que necesite amigos?
- » ¿Qué podrías ofrecerle a un amigo que se siente solo?

CUENTOS EN TU TELÉFONO



David Noboa

Pastor desde hace 12 años, siempre conectado con jóvenes, discipulado, sanidad interior y liderazgo.

Actualmente dirige una congregación nueva y poco tradicional, con énfasis en el discipulado personal. Profesor de liderazgo en el programa de Formación Especializada de la Red Juvenil en Quito. Coordinador de Especialidades625 Ecuador.